

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1856. — TOMO VIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administración general, calle del faubourg Montmartre, nº 10 en Paris

AÑO 15. — Nº 190.



Entrada del rey Leopoldo bajo el arco de triunfo de la puerta de Laeken.

SUMARIO.

Entrada del rey Leopoldo bajo el arco de triunfo de la puerta de Lacken; grabado. — La hipocresía del vicio. — Revista de París. — Dos vistas históricas de Madrid; grabados. — Hombres ilustres de la América española. — Las fiestas nacionales de Bruselas; grabados. — Gerifalte. — Fiestas y concierto federal en Ginebra; grabados. — Trofeos de la guerra de Crimea; grabados. — La mina de oro. — Istmo de Suez. — Boletín científico. — Quimper; grabado.

LA HIPOCRESÍA DEL VICIO,

Comedia inédita en tres actos y en verso

DE

D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

(Continuación.)

ESCENA VI.

D. TORCUATO. FELISA. INÉS.

INÉS. (Con traje mas modesto.)

Depuesto el lujo postizo,
Vengo á recibir las órdenes
De ustedes. El señorito
Don Miguel comé en la fonda,
Y no hay nada prevenido;
Pero al instante...

D. TORCUATO.

Es inútil;

Ya nos ha sacado un suizo
De ese cuidado.

INÉS.

Dos mozos
El equipaje han traído...

FELISA.

¡Ah! muy bien.

INÉS.

De donde infero
Que este será el domicilio
De ustedes...

FELISA.

Si te es posible
Hospedarnos con sigilo,
Sin que don Miguel lo sepa,
Con mucho gusto lo admito.
(Un criado entra con luces y las deja sobre la mesa.)

INÉS.

Fácil es. La casa es grande.
Yo respondo de Fabricio...
(Al criado que se retiraba.)

¡Oyes!...
(Le habla aparte.)

FELISA. (A D. Torcuato.)

Parece muy buena
Muchacha.

INÉS.

¿Lo entiendes? ; Chito!
(Vase el criado.)

Es probable que esta noche
Ni mi amo ni mi marido
Duerman aquí...

FELISA.

¡Eres casada!

INÉS.

¡Ah! sí, con un fementido
Que también quiere cubrirse
Con la careta del vicio.

D. TORCUATO.

Pronto el verdadero rostro
No desmentirá al fingido.

INÉS.

Eso mismo digo yo,
Señor. El diablo anda listo...

FELISA.

Las dos seremos los ángeles
De su guarda, si propicio
Oye mis votos el cielo.

INÉS.

En la habitación del piso
Segundo estarán ustedes
Libres de todo registro,
Porque nunca pone en ella
Los pies. Mientras la habilito,
(Abriendo la puerta de la derecha.)

Entren ustedes aquí
Y descansen.

FELISA.

Yo te sigo.

Veré la casa.
INÉS.

Es preciosa,
Y el jardín..., lo mas bonito...
D. TORCUATO. (Tomando una bugia.)

Yo te esperaré. No tardes;

¿Eh? (Me tiene vuelto el juicio)
(Entra en la habitación indicada.)

ESCENA VII.

FELISA. INÉS.

FELISA.

Será muy gallardo mozo,
Porque ya mostraba indicios
De serlo en sus verdes años.

INÉS.

¡Oh! mucho. — Pero ¡qué miro!
(Se acercan al balcón.)

Un carruaje; y viene aquí...
Será... Sí; bien lo distingo;
Es el tilburí de mi amo.
¿Qué diantres le habrá ocurrido...

FELISA.

Subamos...

INÉS.

Para... Se apea...

Mas no le sigue Benito.
Pensará volverse luego
A Madrid.

FELISA.

Yo no resisto

A la tentación de verle...
INÉS. (Indicando la puerta de la derecha.)

Desde allí. Por el pasillo
Pueden ustedes huir
Si...

FELISA.

Entiendo. Voy... ¡Ah! un capricho...

(Saca del ridículo una cajita y la pone sobre la mesa.)

Veamos qué juicio forma
De este retrato... Es el mio.
El no sabe...

INÉS. (Desde el foro á media voz.)

Ya está arriba.

¡Corra usted!

(Vase Felisa por la puerta de la derecha y la deja entornada.)
(¡Qué laberinto!)

ESCENA IX.

D. MIGUEL. INÉS.

D. MIGUEL.

¡Oh Inesita... Rectifico.
¡Oh Adelaida de mi vida!
Ya me ha dicho aquel borrieco
Que á todo estás convenida.
¡Gracias, gracias infinitas!...

INÉS.

Yo...

D. MIGUEL.

¡No te vuelvas atrás! —

¿Por qué las galas te quitas?...
Pero así me gustas mas;
Y de tí sola depende,
Si tu voluntad me capto,
Que realidad sea el duende
Y hecho positivo el rapto.

INÉS.

¡Bá, bá! No caigo en la red;
Que no me crié en las malvas,
Y eso bien conoce usted
Que es gastar pólvora en salvas.
Ser hipócrita en secreto
¿A qué puede conducir?

D. MIGUEL.

Es que... Pero te respeto:
No te quiero seducir.

INÉS.

¡Oiga! ¿Tan fácil empresa
Presume usted que sería...

D. MIGUEL.

No; es chanza...

INÉS.

(Ya va á la mesa.)

D. MIGUEL. (Abriendo un cajón de la mesa.)

Es mera galantería...

Oye, Inés. No nos esperes
Por hoy ni á mí ni á Benito. —

(Contando monedas.)

Dos, tres.

INÉS.

¿Dinero?

D. MIGUEL.

¿Qué quieres!

No llevo el que necesito.
En casa de doña Aldonza
Tenemos máscaras hoy,
Y es poco lastre una onza...

INÉS.

Ya.

D. MIGUEL.

Allí se juega...

INÉS.

Ya estoy.

D. MIGUEL.

Con otras diez y un billete

Tendré lo bastante... ¡Oh! sí.

INÉS.

Mire usted donde se mete,
Que cuentan cosas de allí...

D. MIGUEL. (Guardando el dinero y cerrando el cajón.)
Envidias...

INÉS.

Pero el que juega...

D. MIGUEL.

Pierde ó gana.

INÉS.

Algun tahur...

D. MIGUEL.

¡Oh! á mí nadie me la pega.
Tengo mundo... Vaya, abur.
(Va á coger el bastón que dejó sobre la mesa, y ve el retrato.)

Pero esta preciosa caja
¿De dónde ha venido aquí?

INÉS.

No sé...

D. MIGUEL. (Abriendo la caja.)

Veamos qué alhaja...

Supongo que es para mí.

INÉS.

Sin duda...

D. MIGUEL.

¡Un hermoso busto!

¿Quién será el original?

Mírale.

INÉS. (Mirando el retrato.)

Es cosa de gusto.

D. MIGUEL.

¡Qué cara tan celestial!

(Besando el retrato.)

¡Oh mi bien!

INÉS.

(Ya se la apropia.)

D. MIGUEL.

¿Qué misterio es este, Inés?
Que aunque me hechiza la copia,
Al fin es copia, y ya ves...

INÉS.

(Fuerza es mentir.) Un lacayo
Lo traje despues de siesta.
Para don Miguel Moncayo,
Dijo, y no esperó respuesta.

D. MIGUEL.

Por mas que paso revista
A las bellas de Madrid,
No sé... Pero esta conquista
Deja atrás á las del Cid. ...
Mas ¿por qué oculta su nombre
Si su amor tanto declara,
Que empeña en manos de un hombre
Nada ménos que su cara?

INÉS.

No soltarla, si no da
Por rescate el corazón.

D. MIGUEL.

Por supuesto; ¡oh! claro está.

INÉS.

El lance es de Calderon.

D. MIGUEL.

¡Al principiar mi carrera,
Tan señalada victoria!...
No hay como ser calavera
Para cubrirse de gloria.
Guardo el retrato. ¡Oh placer!
A este paso... ¿Eh?

INÉS.

Sí; ya veo...

D. MIGUEL.

Las muchachas... ¡Oh! va á ser
Esta casa un jubileo. —
Adios. ¡Oh delicia! ¡Oh gioia! —
Pero no por esto, Inés,
Renuncio...

INÉS.

¿A qué?

D. MIGUEL.

A la tramoya
De Adelaida la de Uclés.

ESCENA X.

INÉS. FELISA. D. TORCUATO.

INÉS.

Vamos, está de remate.

D. TORCUATO. (Saliendo con Felisa.)

¿Qué tal?

FELISA.

Es todo un buen mozo.

D. TORCUATO.

Un necio, un trasto, un orate,
¡Lástima de calabozo!

FELISA.

Insigne crueldad sería.
No ha visto usted, don Torcuato...

D. TORCUATO.
¿Qué?

FELISA.
¿La ciega idolatría
Con qué besó mi retrato?

D. TORCUATO.
¡Miren qué cosa tan rara!
(¡Mala bomba le destruya!)
Besaba una linda cara
Sin saber que era la tuya.

FELISA.
Cuando me vea á mi propia...

D. TORCUATO.
¿Dónde?

FELISA.
En el baile.

D. TORCUATO.
¿Eh?

FELISA.
Si tal.

No es de temer que la copia
Desaire al original.

D. TORCUATO.
¿Qué locura!

FELISA.
Inés sabrá
Donde vive doña Aldonza.

INÉS.
Sí, señora.

D. TORCUATO.
¡Hum!... Allí habrá
Tal bulla y tal jerigonza...

FELISA.
No importa. Irémos las dos
Con usted...

D. TORCUATO.
Pero...

INÉS.
¡Ah! bien, bien.

Un coche y dos dominós
Se hallan en un santiamén.

FELISA.
Allí sin ser conocida
Le observaré.

INÉS.
Y yo á Benito;

Y le juro por mi vida,
Si le cojo en el garlito...

FELISA.
Se hace tarde. Vén, Inés;
Abrirémos los baules.

D. TORCUATO.
¿A qué trasnochar los tres
En busca de esos gandules?

FELISA.
¿Otra vez el ceño adusto?
Mire usted que me incomodo.

D. TORCUATO.
No. Lo que cumpla á tu gusto
Se hará, y á Roma por todo;
Y me pondré hecho un Narciso
Si así lo exiges, muchacha;
Y bailaré, si es preciso.
La mazurca y la guaracha.

FELISA. (A Inés.)
Mírale. Mejor le sienta
La dulzura que el enfado.

D. TORCUATO.
¿Sí?

FELISA.
Cuando yo estoy contenta
No quiero buhos al lado.

D. TORCUATO.
Si estás contenta...

FELISA.
¡Ahí es nada!

Ya tengo un amante...

D. TORCUATO.
¿Sí?

FELISA.
Que solo me vió pintada,
Y ya está loco por mí.

(Vase con Inés por el foro.)

ESCENA XI.

D. TORCUATO.

¡Un amante! ¿Y hasta hoy
No lo has tenido, cruel?
¡Un amante! ¿Y yo qué soy?
Nada; un siervo: un perro fiel...
Sea. Yo te guardaré
De lobos, pobre cordera,
Y tu mano besaré
Aunque el corazón me hiera.

(Entra en la habitación de la derecha.)

(Se continuará.)

Revista de Paris.

Es cosa convenida que Paris en la estacion que atravesamos no está en Paris, sino en Vichy, en Trouville, en Baden y en Spa, y no obstante los extranjeros que precisamente en esta época del año acuden á visitar la capital de la Francia, no tienen mas que tomar uno de esos sillones cómodos, graciosos y elegantes colocados á lo largo de la hermosa alameda de los Campos-Eliseos ó á la orilla del lago en el bosque de Boulogne, para ver desfilar en una tarde las mil notabilidades de todos géneros que ilustran el mundo parisiense. ¿Qué espectáculo tan curioso ofrecen esas largas hileras de brillantes carruajes! Pero ¿quién puede conocer, se nos preguntará, y mas si es forastero, las celebridades de Paris en ese laberinto de coches y caballos? Esto es lo de ménos; el observador que toma uno de los asientos susodichos no permanece solitario largo tiempo; pronto su vecino, cualquiera que sea, se encargará de entablar conversacion, pues el francés es el hombre sociable por excelencia.

— ¡Ah! por ahí pasa un carruaje de la corte.
— ¿Cuál es? preguntará el observador cediendo á la curiosidad propia de todo forastero, y es todo lo que habrá menester para entablar una conversacion que puede prolongarse algunas horas.
— Ese que va por en medio con dos lacayos, es un coche sencillo.
— Mil gracias, caballero.
— Para servir á Vd. — ¿Conoce Vd. á ese caballero que va guiando el dog-cart por este lado?

— No.
— Pues es una celebridad europea, M. Pereire el hombre que maneja mas dinero en el mundo.
— ¿Y. M. de Rothschild?
— ¡Oh! le quedan sus millones, pero su fama se pierde. Hoy el capitalista aislado por grandes que puedan ser sus recursos, no es nada en comparacion de esas sociedades que llevan sus millones por toda la Europa que abarcan las grandes empresas financieras é industriales de muchos países, y que excitan por todas partes la fiebre de la especulacion; M. Pereire es el representante de la primera de ellas. — Pero ¡ah! ¿ve Vd. esa carretela azul celeste?

— Sí, la veo.
— En ella va una actriz que no habiendo hecho fortuna en el teatro, apeló á la Bolsa.
— ¿Con mas felicidad?
— Seguramente. Hace dos ó tres años que está rica; pero ¡lo que son las cosas de este mundo! á pesar de su dinero se fastidia y se aburre como todas las personas que salen de su esfera. Su posicion es bastante crítica entre la sociedad, donde la es imposible penetrar y el teatro que aborrece; en fin se encuentra en un aislamiento completo.

— Sin embargo, ese ginete que llega á la portezuela de su carruaje...
— ¿Supone Vd. que será un adorador?... Pues no señor, es un bolsista.
— Lo cortés no quita lo valiente.
— ¡Oh! los bolsistas no tienen tiempo de hacer la corte á las mujeres; están demasiado ocupados para eso. Pero vea Vd. la entrega un papelito que ella toma con presteza; cualquiera diria, y Vd. el primero, que es un billete amoroso, pero no señor, yo estoy seguro de que es la cotizacion de la Bolsa.

— Ya que es Vd. tan complaciente, ¿conoce Vd. tambien á esa hermosa señora que la sigue en esa brillante carretela forrada de raso amarillo?
— ¡Quién no la conoce hoy en Paris! Es una mujer que ha tenido un pleito ruidoso con su marido y que se ha terminado con una separacion. Ella se casó sin dote; el marido ha salido condenado á suministrarla una triste pension de seiscientos pesos anuales, la mitad de lo que valdrán los volantes de encaje que lleva en su vestido. — Muchas notabilidades hay hoy en el paseo. En ese humilde coche de un solo caballo va M. Scribe, el mas rico de todos nuestros autores. Quizás viene á recoger por aquí algunos rasgos de observacion para la nueva comedia que tiene prometida al Teatro Francés y que se espera con tanta impaciencia.

— ¿No se habia dicho que quería dejar ya la pluma?
— El mismo lo ha dicho y hace tiempo, pero añadiendo que lo haria así cuando saliera en Francia un autor digno de sucederle. — A propósito del Teatro Francés repare Vd. en ese coche que pasa ahora por delante de nosotros ese rostro pálido que asoma á la portezuela; es Rachel, y puede Vd. contemplarla á su gusto, pues el coche anda muy despacio para que el movimiento no haga daño á la enferma.

— ¿Su enfermedad es grave?
— No deja de serlo. Ha perdido su salud en sus largos viajes, sobre todo en el último: los yankees en América y la Ristori en Paris, la han puesto en ese estado. Acaba de llegar de los Pirineos y dentro de poco marchará á Baden á tomar baños y á dar unas cuantas funciones, si lo permiten sus fuerzas.

— ¿Despues trabajará en Paris?
— Regularmente. — Ese jóven, continúa el incansable narrador, que apenas puede sujetar su caballo, es un inglés que gasta anualmente en Paris de tres á cuatro millones.
— ¡Ay! acaba de pasar á escape uno de los hombres mas notables que figuran en nuestra capital.

— ¿Cómo se llama?
— El duque de Brunswick, cuya especialidad consiste en los diamantes.
— ¿Cómo pues?
— Sí, es el hombre que posee mas diamantes en Francia. Los botones de su pechera, diamantes; los botones de sus

mangas, diamantes; los botones de su chaleco, diamantes los botones de su frac, diamantes; los botones de sus trabillas, diamantes. Y luego sus placas, sus condecoraciones, el cuello de su casaca, la guarnicion de su espada, diamantes y diamantes, el duque de Brunswick, no conoce otra piedra que el diamante.

— ¡Hombre dichoso!

— Contemple Vd. en ese ligero tilburí la fisonomía serena y risueña de ese jóven que guia los caballos. ¿Quién diria que acaba de perder hace pocas semanas mas de sesenta mil pesos en la Bolsa!... Es verdad que podrá pagarlos un dia... si da una vuelta en su favor la rueda de la fortuna. — Otra celebridad: ese caballero que pasa acompañado de dos señoras extranjeras es Meyerbeer, que ha venido á dar una vuelta por Paris, y que se marchará muy pronto si quiere sustraerse á la persecucion que está sufriendo. El ilustre compositor tiene en su cartera hace mas de doce años una grande ópera « la Africana, » que no quiere dar al teatro porque no encuentra artistas á su gusto para cantarla. Cada vez que en la Academia imperial de Música entra un nuevo director, forma el propósito de arrancarle esa composicion en que todos ellos fundan las mas seductoras esperanzas: en el dia M. Royer, que acaba de ascender de la direccion del Odeon á la de la Opera, se obstina en el ataque, y en breve Paris perderá Meyerbeer, sin haber ganado « la Africana. »

El afable conocedor de las notabilidades parisienses quiere hacer una pausa en su tarea, pero un carruaje grotesco con un tiro de dos rocinantes de avanzada edad no le da tiempo para ello.

— Veá Vd., prosigue, ese inmundo coche de alquiler que se aventura al lado de esa soberbia carretela descubierta; en él va un banquero millonario célebre por su avaricia; un hombre que no ha querido casarse por economía.

— ¿Y la carretela?

— Es diferente. La elegante pareja que ve Vd. dentro es un matrimonio en su luna de miel... ¡Oh! ¡qué aventura la de ese casamiento!... Un lance que ha hecho reír á mas de cuatro, quiero que Vd. lo sepa. — Hace dos meses esa mujer encantadora que entónces era viuda, se hallaba de visita en casa de una amiga. De repente dan las doce de la noche; el placer de la conversacion la habia hecho olvidarse de la hora. Pero es mujer de ánimo: confiando imprudentemente en que su domicilio estaba allí muy cerca, y hallándose además en un barrio de los principales de Paris, y que por consiguiente rara vez está desierto, la viuda se empeña en que no han de acompañarla y se contenta con acelerar el momento de la salida. Pero apenas habia andado una docena de pasos por la calle, cuando un paseante notando delante de él aquel paso ligero, aquella graciosa desenvoltura, en fin, todos los indicios de una beldad jóven y elegante se decide á seguirla. La hermosa viuda advina inmediatamente la intencion y temerosa quiere apretar el paso, pero esta maniobra no tuvo otro efecto que el de provocar mas y mas al desconocido, que naturalmente aceleró tambien el suyo.

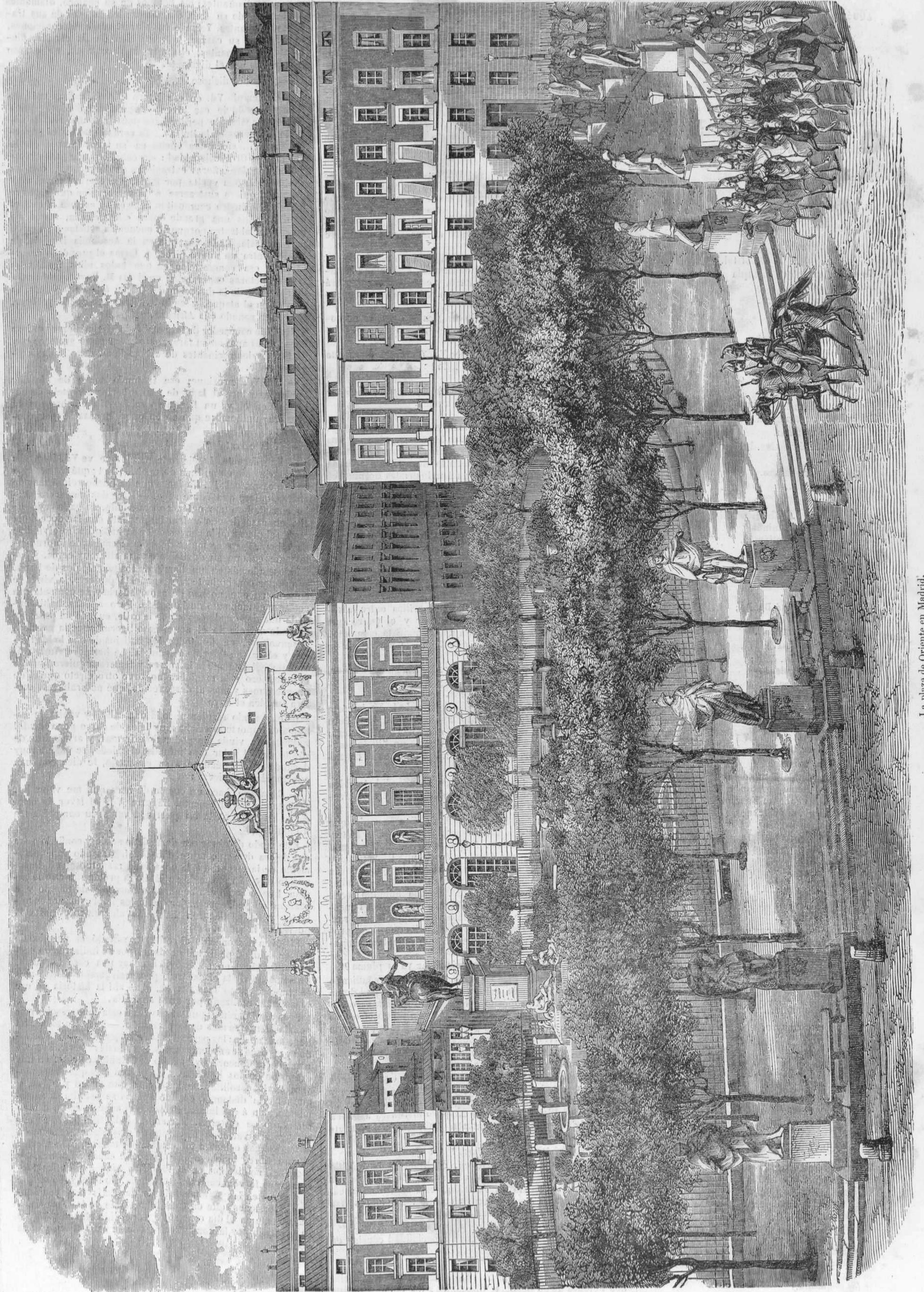
De este modo siguieron toda una calle, y vuelta la esquina el importuno estaba muy lejos de darse por vencido. Entónces la viuda sin poder resistir mas, y armándose de súbito con el valor que infunde el miedo, se vuelve muy decidida y dirigiéndose á su espantajo, le dice con una oportunidad hechicera:

— Caballero, hace un cuarto de hora que me viene Vd. espantando horriblemente. Hágame Vd. el favor de ofrecerme su brazo hasta mi puerta, á ver si su compañía me tranquiliza.

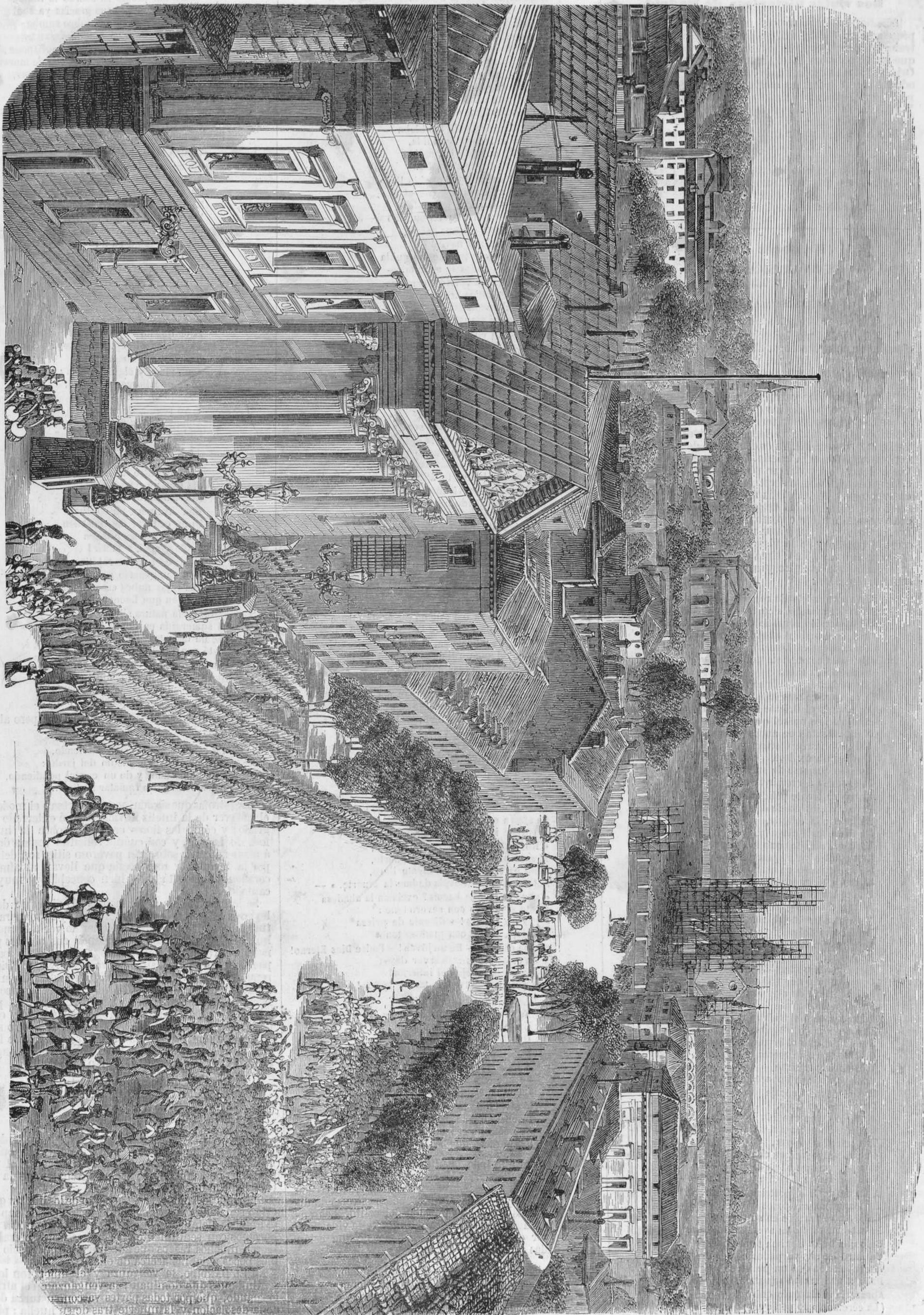
Este modo de obrar era demasiado noble y confiado para que dejara de ser comprendido; así, pasando inmediatamente de la sospecha á la urbanidad respetuosa, el desconocido ofreció rebosando de júbilo la proteccion que le pedian. Luego como era hombre de mundo y de talento y la ocasion no podia ser mejor para las improvisaciones galantes y finas, llegaron hablando alegremente hasta la puerta de la viuda.

El jóven desconocido al retirarse solicitó el permiso de volver de dia á pedir mil perdones por su indiscrecion nocturna. La viuda no se atrevió á negar una cosa tan justa. En suma, la visita oficial trajo progresivamente visitas mas afectuosas, luego mas tiernas, y hé ahí la historia de ese casamiento realizado por pura simpatía.

Pero aquí darémos punto nosotros á esta conversacion que podria alargarse mas de lo permitido. — Por otra parte, ha llegado la noche: los paseantes se reconocen con ménos facilidad y el paseo se encuentra transformado de repente. Entre la plaza de la Concordia y el Arco de Triunfo, esto es, en una extension de dos kilómetros, no se ven mas que luces movedizas, los farolillos de los coches que suben y bajan, y que á cierta distancia, cuando apenas se percibe el movimiento, dan á esa inmensa calzada el aspecto de un campo sembrado de estrellas. Por ambos lados del paseo se encuentra una variedad incesante de diversiones, que solo á la luz del gas ostentan todo su brillo; teatros, bailes, cafés al aire libre, todo eso por la noche causa admiracion y asombro, no dirémos en el forastero sino aun en las personas que lo ven con mas frecuencia. No se engañó el que dijo que « en los Campos-Eliseos de Paris hay reunidas mas diversiones que en todo lo restante de la Francia. » Unicamente en el dia este paseo ha perdido alguna parte de su prestigio por la concurrencia que le hace el bosque de Boulogne.



La plaza de Oriente en Madrid.



El palacio de las Córtes en Madrid.

Dos vistas históricas de Madrid.

Debemos las dos vistas que publicamos en las páginas precedentes á M. Clifford, fotógrafo inglés que se encontraba en Madrid cuando los últimos acontecimientos de que ha sido teatro la capital de España. La plaza de Oriente, la mas moderna de las plazas de Madrid, está adornada con la famosa estatua en bronce del rey Felipe IV, que, cortada primero en madera por el célebre Montañés, fué vaciada en bronce en 1640 por Pedro Tacca. En esta plaza está el teatro Real y el palacio de la Reina; en esa parte tuvo lugar la primera resistencia.

La otra vista representa el palacio de las Cortes, construcción de un mérito inferior y que honra poco al arquitecto, pero que tendrá nombradía en España por las luchas de que ha sido teatro, y sobre todo por la memoria de los últimos acontecimientos.

Hombres ilustres

DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA.

SALVADOR SANFUENTES.

(Conclusion.)

La defensa de Eulogio hecha por él mismo, es digna, elocuente y enternecedora. El romance en que se cuenta la desaparición de Eulogio, y el modo como las gentes comentaron este hecho, contiene versos llenos y sonoros.

De las bellísimas estrofas describiendo un mongio, copiaremos algunas de las que nos presentan á Leonor al punto de empezar la terrible ceremonia. En toda la descripción hay tanta variedad de metros como de sentimientos expresados. Ya es el empeño de las beatas por ocupar un sitio en la iglesia, lugar que al fin conquistan á fuerza de prodigar pisonos aquí, pellizcos mas allá; ya es la brillante decoración del templo; ya la vista enternecedora de la infeliz Leonor, que se descubre en medio de la comunidad de graves y silenciosas monjas; ora viene la terrible ceremonia en que, según costumbre, se despoja á la joven novicia de sus galas, se le corta el cabello y se le viste con el áspero sayal y ancho ropón; ora es la última entrevista del orgulloso y cruel padre con la dulce y sensible hija. Copiemos las estrofas ofrecidas:

La vasta puerta de repente abrióse,
Y lo interior del claustro descubrióse,
La procesion sombría allí se hallaba,
Y ante el umbral al mundo presentaba
Un momento á Leonora,
Hermosa como siempre, encantadora,
Coronada la frente
De perlas con diadema reluciente,
Y ostentando mas lujo en su vestido
Que jamás el Oriente ha producido:
Era la triste un sol que relucía
Mas brillante que nunca en aquel día
Para eclipsarse eternamente: era
Una mansa cordera
Que sin quejarse de su amarga suerte,
Iba sumisa á recibir la muerte.
Cubre su frente palidez suave,
Pero indicios no da de pena grave:
Su tranquila mirada,
En tierra está clavada,
Y en sus mejillas que la fresca rosa
Como ántes ya no esmalta esplendorosa,
Solo de cuando en cuando se aparecen,
Cual fugitivas sombras que incesantes
En sueños ven pasar los delirantes,
Leves manchas que pronto desaparecen.
Y en su aparente calma
Del interno dolor que sufre el alma
Solo se ven indicios algo ciertos
En sus cárdenos labios entreabiertos,
Que á veces un temblor rápido agita,
Como cuando una ráfaga ligera
La superficie de algun lago altera. —
Su seno ora palpita
En conmocion extraña,
Mas ora inmóvil respirando engaña.
Era la paz que el firmamento ostenta
Cuando feroz se acerca la tormenta,
Y al horizonte sube
Cual punto leve imperceptible nube. —
Mas el nevado encaje
De su costoso traje,
Símbolo de su cándida inocencia,
Le infunde una apariencia
Tan celestial y pura,
Que el vulgo ver en ella se figura
Una paloma que hácia el alto cielo
Va suavemente á remontar su vuelo. —
A fin de darla el postrimer abrazo,
La marquesa sus pasos avanzó,
La joven al mirarse en su regazo
Ni extremo afecto ni aversion mostró.
Solo una bella lágrima temblante
Se miró de sus párpados correr,
Reconvencion que un pecho sollozante
Daba á una madre injusta al parecer!
Abrazarla el marqués quiso á su turno,
(La ceremonia lo pedia así)

Mas cual si aspecto aterrador nocturno
Fuera, la joven le alejó de sí.
Asombráronse todos, y la madre
Reprendiendo su arrojó con furor,
«¿Te olvidas, exclamó, de que es tu padre?»
«— Dejélo ya de ser!» dijo Leonor,
«De sangre nos divide un mar horrendo,
Un mar que él nunca apartará de sí.
¿Su injusta voluntad no estoy cumpliendo?
Y qué mas tiene que exigir de mí?» —

Así exclamando temblaba
Como la hoja sacudida,
Y de su vista encendida
Vivos rayos arrojaba.
De escándalo el pueblo lleno
Por un momento encontróse;
Pero al punto adelantóse
La procesion, y en su seno
Quedó la víctima oculta,
Como débil navecilla
Que hecha pedazos la quilla
En las ondas se sepulta. —
La puerta volvió á cerrarse,
Y la mística armonía
Lentamente se entenia
Por los claustros alejarse.
Pronto en el coro volvieron
A entrar las monjas cantando,
Y los cirios apagando,
A sus asientos se fueron.

Quedaron solo dos junto á la silla
Que en medio del coro ocupa la abadesa,
Y Leonor, indefensa cervatilla,
En medio de ellas para ser su presa.
De sus ricos vestidos la despojan,
Y los joyeles de su cuello y sien
Como galas inmundas los arrojan
Sobre el polvo en fanático desden.
Y luego sus suavísimos cabellos
Que descendiendo hasta los piés están,
Pasando el hierro cortador por ellos,
Tambien al suelo sin dolor los dan.
Leonor los vió caer, y aunque sus ojos
Sobre ellos un instante se fijaron,
No sin pena mirando esos despojos
Que un día mil bellezas envidiaron.
Empero esta afliccion presto borróse,
Y por su mente tan veloz pasó,
Cual muere la ola que en tormenta atroce
Bramando en medio de la mar se alzó. —
¿Por qué sentirlos ya, si ella no ignora
Que aquel que un tiempo los amó tan fiel,
Es un cadáver insepulto ahora,
Y ya no puede disfrutarlos él?...
A vestirla del saco se preparan,
Pero al quitarla su postrer adorno,
Que era un verde jubon, cielos! reparan
Oculta cinta de su cuello en torno:
De la que pende con esmalte vario
De oro y rubies, cual brillante estrella,
Y á guisa de devoto relicario,
De hermoso jóven miniatura bella.
Pretenden arrancársela al instante,
Pero Leonor su intento previniendo,
La aferra entre sus manos anhelante,
Y resiste impertérrita diciendo:
«No, no puedo cederos mi tesoro,
El solo bien que me dejó la suerte,
Si no os ablanda mi doliente lloro,
Antes que os lo lleveis dadme la muerte.» —
«¿Qué es lo que haceis? exclama la abadesa
A este altercado con severo tono:
«¿Es un retrato!» dicenle de priesa
Las despojantes con piadoso tono.
«— De quién? — De un jóven! — Padre Dios Eterno!
Y en estos sitios conservar desea
Todavía esa alhaja del infierno!
Que yo en el polvo sin tardar la vea!» —

La joven con gran dolor
Tuvo que ceder su prenda,
Ultima querida ofrenda
Que Eulogio hiciera á su amor.
Mas ¡ay! desde aquel instante
A impulso de su amargura,
Se apoderó la locura
De su mente delirante.
Y olvidando lo pasado,
Insensible á lo presente,
Fué solo un eco doliente
Del huracán que ha acabado. —

Pasemos por alto toda la última parte de la ceremonia y lo que á ella se siguió, en todo lo cual se encuentran muy bellos versos; y vengamos á la triste escena de la noche. Copiaremos algunas pocas estrofas de diferentes lugares de esta conclusion del canto. Las endechas que canta Leonor ántes de quitarse la vida, conmueven por el sentimiento de tristeza de que están impregnadas:

La luna á sus anchas luciendo á tal punto,
Me deja el semblante admirar de Leonora,
No ya rozagante cual brilla la aurora,
Sí mórbido y triste cual sol ya difunto.

Ay! cómo tan presto se acercó la tumba!
Cual vagos recuerdos sus gracias ya son,
O incierta armonía que lúgubre zumba
Si cubre la noche fatal panteon.
Un canto parece que á entonar se dispone;
Su voz que al principio es un eco de muerte,
Bien pronto endulzando su acento disone,
En arpa divina por fin se convierte.
Y atentos los aires, callados los vientos,
Escuchan absortos la dulce cancion,
La frígida torre á sus tristes lamentos
Parece temblando sentir compasion! ..

Vuelan las hojas, las hojas
Sin cesar volando van,
Y todas al fin caerán,
Porque es tiempo de morir.
Nacieron para secarse,
Y aunque brillaron un día,
Cada sol que amanecía
Las acercaba á su fin!
Yo también brillé como ellas,
Y vi envidiar mi ventura,
Hoy ya ser se me figura
Hoja que volando voy.
Un sepulcro y un amante
Que sobre su mármol llora!...
¿Por qué no soy yo ahora
La que en el sepulcro estoy?
Una mano me condujo
A un altar, y alguien decia:
¿Por qué lloras, vida mia,
Cuando un cielo veo yo?
Y yo seguía llorando,
Aunque la voz me animaba.
Cielos! y por qué temblaba?...
Ya todo se me olvidó!
Qué gloria morir con él
Aunque entre las olas fuese,
Sin que un tirano viniese
Nuestro abrazo á dividir!
Mas ¡ay! para mi consuelo
Ni un cadáver me conceden,
Y solo las hojas pueden
Junto conmigo morir!

Morir! los ecos tristes repitieron
Morir! el campanario resonó:
La luna rojas nubes escondieron
Al punto en que Leonor desapareció
Inmóvil la natura silenciosa,
Y sumergida en honda lobreguez,
De un desastre la nueva pavorosa
Está esperando con terror tal vez.
Un ruido sordo se oye de repente
Del campanario en confusion salir,
Y luego las campanas el ambiente
Solos empiezan ¡ó portento! á herir.

La comunidad se dirige al campanario; pero al punto las monjas:

En espantosa confusion corriendo,
No paran hasta el medio del jardín:
Temblante aun, y de un cordel pendiendo,
A Leonor vieron rematar su fin!...

Las estrofas que siguen, y que expresan el modo como el cadáver de la infeliz novicia no fué enterrado en sagrado; y cómo las flores crecieron sobre la humilde fosa de Leonor, y con cuánta solicitud venian dos aves á alzar su canto sobre tan pavoroso sitio: son deliciosas por la ternura y melancolia que llevan al alma y al corazón. Todo está muy bien concebido y muy bien cantado.

Se le ha criticado á Sanfuentes el giro que da á su leyenda al acercarse á la conclusion, y la manera como trae el desenlace. Se hubiera querido ver á Leonor mas humilde, mas resignada, olvidando sus amores profanos en el retiro del claustro, rogando al cielo por sus padres y entregando sin reserva su corazón á Dios. Ha repugnado la idea de ver á una joven educada en el saludable temor de las creencias religiosas, lanzarse en la mas impía desesperacion y terminar sus dias por su propia mano, arrebatando así su poder á Dios, y echando en absoluto olvido las leyes santas. Todo esto será y es muy bueno; pero los críticos se olvidan de lo que dice el poeta, al terminar la ceremonia del mongio y, cuando á Leonor visten el áspero sayal:

Mas ¡ay! que desde aquel instante
A impulso de su amargura,
Se apoderó la locura
De su mente delirante.

Quando las leyes penales mas severas eximen de castigo al que comete un delito en estado de enagenacion mental, — ¿no querrán los críticos excusar al poeta que refiere el suicidio de Leonor, la cual no tenia conciencia de lo que hacia?...

Habiéndose salido ya este artículo de los límites que le están señalados, nos vemos en la necesidad de suprimir el análisis detallado de «EL BANDIDO y de INAMI;» lo hacemos con sentimiento, porque esas dos piezas contienen muchos rasgos que admirar. Así pues, solo diremos pocas palabras acerca de ellas.

En EL BANDIDO, la venganza y el amor son los dos sentimientos que dominan: la venganza en el africano Fernando, que por todas partes va con su turba dejando la desolacion y la muerte tras de su huella: pillan,

incendian, asesinan : Fernando lo ordena así, porque ha jurado vengar los sufrimientos á que han estado sujetos los de su raza, infligiendo atroces penas á cuantos tengan la piel blanca. Las tristes narraciones que oyó á su padre con respecto al duro tratamiento á que se le habia sometido. — lo que él mismo habia padecido y visto sufrir á otros, lo habian llenado de odio profundo contra los blancos, odio que puso el puñal en sus manos para hundirlo en el pecho de su amo, y que despues le convirtió en un temible y feroz jefe de bandidos. Sus instintos feroces se habian desarrollado desde niño, y como dice el poeta :

Cual crece con la víbora el veneno
Incluso en sus entrañas, como brava
De algun volcan en el profundo seno
Se va aumentando silenciosa lava,
Hasta que de inundar el prado ameno
Llegado el día, enardecida cava
Salida estrepitosa, y á lo sumo
Eleva un rio de favita y humo :
Así el despecho de Fernando, el crudo
Odio infundido á la opresora raza,
Dentro del corazon aumenta mudo
Y aun en sed vengativa ya le abrasa.
Su alma de temple independiente y rudo,
Henchida de altivez se despedaza
Con los tormentos que á la casta afligen
A que se ve ligado por su origen.

Anselmo y María son los dos amantes : él es gallardo, valiente, de alma noble y corazon bien puesto : ella es hermosa, gentil, tierna y llena de candor. La noche que precedia al himenco de tan dulce pareja, sus padres, parientes y amigos la destinaron á la danza y á los mas puros regocijos. La música poblaba el aire con sus gratas melodías, cuando de improviso la alarma se da, — la alegría cesa, — la confusión sigue, — el desorden y la muerte extienden por do quiera sus anchos crespones.

Es Fernando, es el BANDOLO que viene, azote de la ciudad y que reina como señor absoluto. Como la explosion de un volcan, aparece cuando ménos se temia. Despues de pillar y de hacer correr á torrentes la sangre de cuantos luchan, el bandido y los suyos se alejan llevando consigo á María y á su anciano padre.

Ya están léjos los vandoleros. Entretanto ; ay ! de los dos amantes : su suerte está echada : la Eternidad los volverá á juntar. — Fernando se enamora de la bella y cándida María : no hay remedio. — ó cede á sus caprichos, ó la cabeza de su padre va á rodar ante sus ojos. Ella ama á su padre, lo ama como á su vida ; pero, el honor, y Anselmo, y el porvenir ? María se desmaya. Al volver en sí, su padre está libre, pero el sol de su belleza perdió el primero de sus rayos !...

Anselmo viene una noche con una partida de amigos fieles y resueltos : atacan el campo del bandido, ó mas bien el cubil de esa fiera. ; A la lucha ! claman los amigos de Fernando ; y la lucha empieza. La muerte hace buena cosecha : arroyos de sangre corren por el bosque. El africano retá á Anselmo á singular combate : este que lo ve se lanza sobre él con la velocidad del rayo : terrible fué el encuentro ! Ambos pelean como leones : ambos se hieren y se preparan para volverse á herir : un mismo sentimiento, una misma pasion los excita en ese instante. — el amor hácia el mismo objeto — los celos. Anselmo cae y va ya á morir á manos de su enemigo, cuando una voz resuena al través del bosque incendiado, y como sombra aparece entre las llamas : ambos contendientes adivinan mas bien que reconocen quien es : — María ! El africano corre tras ella y la escucha en una gruta. Anselmo sigue tras él ; pero es en vano ; no le alcanza, ni ménos conoce el laberinto de tal bosque. Vuelve, pues, á la carga : los suyos han muerto todos : él lucha solo ; y vencido por el número, cae en tierra nadando en su propia sangre.

María se ve amenazada por Fernando, que arde en celos. Aquella sabe que Anselmo ha muerto y que está insepulto, y entónces apela á un ardid : dice que es su hermano. El africano gozoso al oír tal revelacion, lamenta su muerte, y da permiso á María para que vaya y seposite su cadáver. La jóven encuentra vivo á Anselmo — trata de reanimarlo mas, y tiene tiempo para hacerle entender que debe pasar por su hermano y no por su amante. Con trabajo cede Anselmo. Fernando llega en ese instante. El herido es trasladado á una gruta, y puesto al cuidado de María.

Ya Anselmo se encontraba convaleciente, y le propone á María que huyan de entre esas fieras : ella tiembla, empalidece y queda confusa : las explicaciones vienen : María confiesa su deshonor : Anselmo la rechaza — la insulta — la desprecia. María sale, y ya en alta noche vuelve á aparecerse envuelta en un manto negro ; se acerca al lecho de Anselmo, y pálida y sin fuerzas le dice que no pudiendo sobrevivir á su desprecio, va á morir ; y en efecto cae en tierra sin aliento — se habia envenenado.

Anselmo grita furioso como el vendabal que afuera hace inclinar las copas de los árboles ; se acerca al cadáver de su amada ; la besa ; y en su desesperacion, corre en busca del africano ; pero este, atraído por los gritos entra en ese instante á la gruta. Anselmo se abalanza sobre él, lo estrecha, lo oprime, lo abraza, trata de extrangularlo. El africano medio ahogado, levanta á Anselmo como una pluma y lo deja caer en tierra, y al mismo tiempo recordando que lleva su puñal al cinto, tira de él y lo hunde en el pecho de su adversario. Anselmo tiene tiempo apenas para ir á caer cerca del cadáver de María y enlazar su mano con la de ella.

Fernando contempla los dos cadáveres, separa con el pié la mano de Anselmo de la de María, y sale precipitadamente. Pero fué tal la impresion que el negro recibió de tan inesperada catástrofe, que al punto reunió su cuadrilla, repartió entre los suyos sus riquezas, y les despidió. Al siguiente día se presentó á la justicia y confesó todos sus crímenes. Por de contado, el juicio se siguió breve y sumario, y el negro fué conducido á la horca en medio de una turba de espectadores, que lo vieron morir con valor y serenidad.

Son dignos de notarse por su buena versificacion y por el fuego que contienen los pasajes siguientes : la sorpresa dada al negro — el combate que se siguió — las entrevistas entre Anselmo y María cuando esta le confesó su falta y cuando volvió á verlo despues de haberse envenenado — la descripcion de la lucha entre Anselmo y Fernando.

« INAMI ó LA LAGUNA DE RANCO, » es una bella leyenda, que merece ser analizada con detencion. La necesidad nos obliga á no detenernos en el exámen de esta bella pieza. En ella se exhibe el sentimiento de hospitalidad que caracteriza á los araucanos en favor de todo el que llega sin ánimo hostil á su país, y principalmente en favor de todo desgraciado. El poeta nos pinta en bellísimos versos el modo cómo huyó Alberto de Valdivia perseguido por un duelo que habia tenido con un superior suyo ; cómo encontró á la dulce INAMI, hija del Cacique del Arauco ; la manera cómo el amor prendió en el corazon de los dos jóvenes ; nos refiere la ceremonia de su himeneo, y sus primeros meses de felicidad, que duró hasta la llegada del padre de Alberto. — Este hombre era de carácter parecido al del marqués, el héroe de la leyenda « EL CAMPANARIO, » y desaprobando el enlace de su hijo con una india, puso á este en la alternativa de huir con él y seguirlo á sus hogares, á donde le esperaban honores y riquezas, pues habian ya caído sus enemigos, — ó de recibir su maldición. Alberto se resuelve á huir, y el resultado fué atraerse la venganza del Cacique y de los suyos, quienes instruidos por INAMI de lo que se pasaba, sorprendieron al viejo padre de Alberto al punto de irse á embarcar ; y lo asesinaron. Alberto que se habia separado de su padre un instante para preparar lo necesario al viaje, al volver lo encuentra tendido en tierra y bañado en su propia sangre. — Uno de los asesinos ha dejado caer su puñal : Alberto lo toma, lo examina, y halla que es el del Cacique ; modera por un instante su furor, mientras da sepultura al cadáver de su padre ; y cuando hubo acabado tan dolorosa tarea, se dirige á la choza del Cacique, el cual no niega su crimen, y acepta el reto que le hace Alberto. Salen á batirse ; pelean como leones, pero el jóven queda vencedor. Alberto, despues de echar al agua el cuerpo ensangrentado del Cacique, entra en una embarcacion y se retira de la playa ; apenas habia empezado su maniobra, cuando INAMI aparece en la orilla con su hijo en brazos. A sus gritos se detiene Alberto ; ella se bota á nado para llegar hasta la piragua de su esposo ; ya la tocaba, cuando un cuerpo sobrenada : era el cadáver del Cacique !... INAMI descubre entónces tan horrible secreto — todo lo comprende — lanza un agudo grito ; y con la celeridad del rayo pone á su hijo dentro de la piragua ; y abrazando el cadáver de su padre, se sumerge entre las aguas.

La descripcion de Valdivia es muy bella ; y en cuanto á su exactitud, hemos oído decir á los que conocen esos sitios, que no se puede desear una pintura mas fiel ; tiene lo que los franceses llaman color local. Son admirables los versos en que el poeta nos habla de los amores entre Alberto é INAMI, de los sitios que ellos frecuentaban, y de los pasatiempos á que se entregaban ; esos versos están llenos de dulzura y de gracia. Copiarémos algunos de ellos :

Pero vueltos de ese arrobó
Como de otro mundo en sí,
Y sintiendo de la siesta
La sufocacion febril,
A la ribera del lago
Resuelve el grupo acudir.
Oh ! cuán hermoso lo encuentra !
Con qué brillante matiz
En su dorso el sol riela
Hasta el remoto confín !
Con muelle embriaguez se inclina
Allí el copado *reuti*,
Para ver su imagen bella
Inmóvil repr. duir
La ond. en que el céfiro apenas
Osa estampar un desluz.
Dos gaviotas van velando
Por el cie. o de zafir,
Y entre las islas circulan
Sin dejar su union feliz,
Ora el vuelo levantando,
Ora del ata gentil
Rasando y tiñendo el agua
La pluma de albo ormesí.
Quieren Inami y Alberto
En sus juegos competir
Con ellas, y presto arrojan
La vestimenta sutil.
Enlazadas ambas diestras,
Al lago se dejan ir,
Que se abre en círculos vastos
Sus cuerpos á recibir.
Leves peces se adelantan,
Y volviendo aquí y allí,

Retozan, triscan, serpean
Como en líquido pensil.
Ora se sumerge el uno
Y con engañoso ardid
Do ménos se le aguardaba,
Riendo alza la cerviz ;
Ora entrambos divididos,
Ya el uno ya el otro asir
Procura al consorte amado,
Que escapa como un delfín.
Y en tan deliciosos juegos,
De engaños en esa lid,
Volviendo á encontrarse siempre,
Como gira el querubín
En torno al mortal dichoso
Que es dest. ado á seguir,
Del calor pasan las horas ;
Y fatigados al fin,
Vuelven á la playa unidos,
Deslizando gotas mil
Por sus miembros y cabellos,
Como líquidos rubís.
Ellos dan su adiós al lago,
Y él al mirarlos partir,
Pareciendo dos estatuas
De torneado marfil,
Como si los genios fueran
De su morada feliz,
Muestra al recobrar su calma
Entristecerse y gemir.

Son muy interesantes los diálogos entre Alberto y su padre, cuando este le excita y le ordena á seguirlo á su patria ; — y tambien los tenidos entre Alberto é INAMI, cuando aquel la comunica su proyecto de partir por poco tiempo. En los primeros está pintado el carácter de uno de esos viejos que, aferrados á lo que ellos creian su honor de familia, conculcaban los derechos de los otros y olvidaban todo sentimiento humano y todo deber, si de por medio estaban su orgullo y sus preocupaciones de casta. En los segundos está reflejada el alma de INAMI, la dulce y bella hija del Cacique, que llena de amor por Alberto, lucha en vano con la debilidad de este. Ella no sabe todo el pensamiento del padre de Alberto, pero lo adivina ; y así le niega que no se aleje, ó al alejarse la lleve consigo. Oigamos á la pobre INAMI :

No me arredrarán mil riesgos,
Clamaba, ó marcha, prolija,
Te seguiré con mi hija
Por todas partes á pié.
Y si temes á tus padres
Confesar que soy tu esposa,
Con solo verte, dichosa
Por tu esclava pasaré.

La escena entre Alberto y su esposa despues que aquel descubrió el cadáver de su padre, y la que pasó entre el desesperado hijo y el Cacique, antes y durante el duelo que tuvieron, son de un verdadero interés dramático. El triste fin de INAMI entenece el corazon y hace asomar una lágrima á los ojos.

Despues de que el viejo padre de Alberto se agita y se enfurece al saber el matrimonio de su hijo con una india, el poeta tiene el siguiente arranque noble y generoso, y que debiéramos haber transcrito mas arriba :

Cuándo el tiempo vendrá para este mundo,
En que la distincion de lengua ó raza,
No siembre entre hombre y hombre odio profundo
Siendo origen perpetuo de amenaza ?
Vemos que el animal mas iracundo
Nunca á su semejante despedaza,
Y que, calmado su furor, se arrima
El leon y el tigre al de extranjero clima.
Mas sin avergonzarme de este ejemplo,
Solo el hombre orgulloso, que se ufana
De ser de la razon augusto templo,
Y tras su perfeccion corre y se afana,
Aun las barreras conservar contemplo
Que fraccionan en mil la especie humana,
Y para aquel que habita otro dominio
La hostilidad pedir y el exterminio.

Además de las bellezas de todo género que contienen las poesías de Sanfuentes, el escritor se distingue por la pureza de su diccion y lo correcto de su lenguaje. Pero á pesar de que estas cualidades se revelan tanto en sus escritos en prosa como en verso, — en sus leyendas ha dejado correr algo que el primer purista venido le censuraria : tal es el empleo de la francesa palabra *emotion*, y de los verbos *traicionar* y *balbuciar*, que no existen en castellano.

Mas dejando á otros tal tarea, á la que no sentimos gusto, ni para cuyo desempeño somos competentes, concluirémos diciendo : que bien merece el título de *hombre ilustre* quien como Sanfuentes ha escrito bellas obras en prosa y en verso, ha honrado el foro con su ciencia, y ha servido á su patria con talento y con lealtad ; siendo estimado aun de sus mismos enemigos por sus virtudes públicas y privadas.

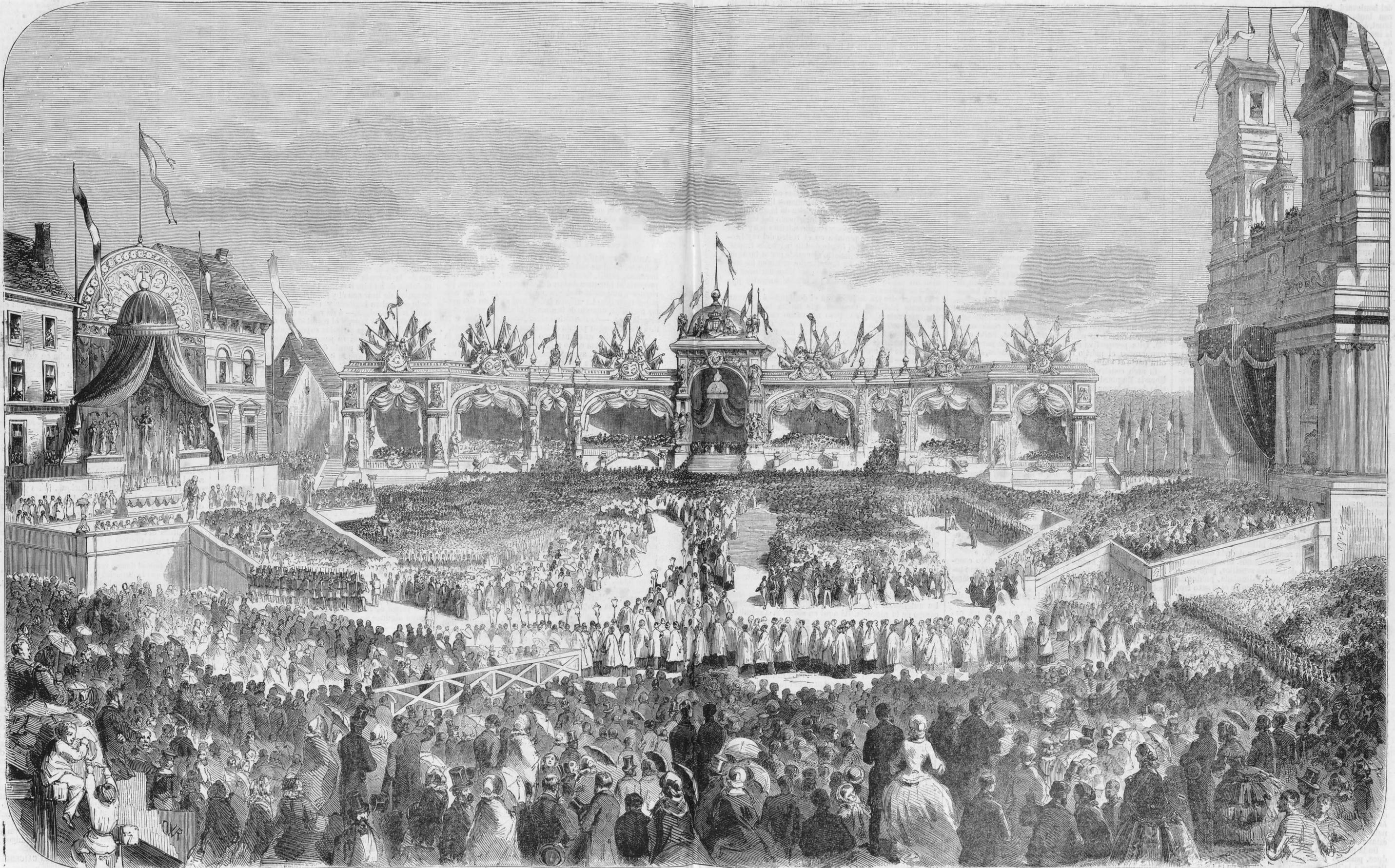
J. M. TORRES CAICEDO.

Paris, 30 de junio de 1856.

Las fiestas nacionales de Brusélas.

VIGÉSIMOQUINTO ANIVERSARIO DE LA INAUGURACION DEL REINADO DE LEOPOLDO I^o.

Las fiestas con que este año ha celebrado la Bélgica el advenimiento de S. M. el rey Leopoldo han sido esplén-



VIGESIMOQUINTO ANIVERSARIO DEL ADVENIMIENTO DEL REY LEOPOLDO AL TRONO DE BÉLGICA.
 Ceremonia política y religiosa de la plaza de San José, en Bruselas.

didás. Hé aquí sobre los preparativos de ellas el artículo que copiamos de la *Independencia*.
 «A despecho de los profetas de desgracia que desde hace quince días nos predicen en todos los tonos imaginables

que nada habrá dispuesto para las fiestas que se preparan en honor del glorioso aniversario de que se enorgullece la Bélgica independiente; la ejecución del programa publicado por el departamento del interior y con-

fiado á los inteligentes cuidados de la comisión directiva en lo concerniente á la parte de ornato, se desarrolla á nuestra vista con un orden y una actividad que no permiten dudar de su completa conclusión para el

momento designado. En todos los puntos de la capital aparecen construcciones tan efímeras como brillantes, á las que el talento de nuestros artistas imprime un carácter que las hace dignas de vivir más de un día. Le-

giones de obreros con sierra ó martillo en mano, terminan los gigantescos arcos de triunfo; más lejos son los estrados en los que se están colocando las banquetas, ó alguna estatua colosal que pasa á colocarse sobre el

pedestal que debe ocupar, ó bien los caprichosos é innumerables arabescos de una iluminación como Bruselas no ha visto nunca, que se prolongan hasta el infinito entre las verdes copas de los álamos y de los tilos

del boulevard. En esta obra inmensa, llevada á cabo con tanta precision, se ve desde luego una direccion igual é inteligente, reuniendo en un solo pensamiento la inspiracion de veinte artistas diversos. El presidente de la comision velando por todo, es quien mas anima á los obreros, y quien hace frente á las imprevistas dificultades que se suceden á cada momento.

Así se anuncia para el extranjero la solemnidad del 21 de julio. Decimos para el extranjero, porque para Brusélas las fiestas han principiado con los preparativos que para ellas se están haciendo.

Brusélas se prepara á llenar dignamente sus funciones de capital. Se ha provisto abundantemente de todo lo que exige la aglomeracion inmensa de gentes que estos dias van á albergarse en su seno. Gracias á estas prudentes precauciones, si los forasteros no se ven expuestos á no tener donde pasar la noche, por lo menos están seguros de que no les falten comestibles.

Para reunir y poner en buen orden nuestra descripcion, debemos desde luego dirigirnos á la puerta Laeken. Desde aquí, seguiremos el itinerario que siguió el rey Leopoldo el 21 de julio de 1831, y que ha de recorrer mañana: verdadera via triunfal que conduce á un monarca querido á un Capitolio, tras del cual no existe la roca Tarpeya. De este modo no nos será difícil recorrer sucesivamente los puntos que han de servir de teatro á nuestras fiestas.

Al llegar á la puerta de Laeken, el rey, que debe ser allí cumplimentado por el colegio de burgo-maestres y regidores á la cabeza del consejo comunal de la capital, encontrará erigido á su paso un arco de triunfo, que es ciertamente una de las obras mas notables que se han concebido en esta ocasion. Este arco, ejecutado con arreglo á los planos de M. Hendrickx, forma un cuadro perfecto, cuyas caras atraviesan cuatro grandes arcadas de igual curvatura; cada una de estas arcadas se encuentra en el eje de una de las grandes vias de comunicacion que se cruzan en este punto en ángulo recto. La decoracion pertenece al estilo del renacimiento; creemos que ha sido ejecutada por M. Philastre con la inteligencia que este artista prodiga diariamente en sus obras. Ocho estatuas colosales, de tres metros y cincuenta centímetros de altura, y debidas al talento de M. Guillermo Geefs, adornan las cuatro caras: las que están colocadas del lado de la calzada de Laeken, representan la *Sabiduria* y la *Prudencia*; de lado de la plaza de Anvers, la *Independencia* y la *Concordia*; del lado del boulevard Botanique, la *Justicia* y la *Fuerza*; del lado del boulevard de Anvers, el *Progreso* y la *Paz*. Todas estas alegorías se reconocen perfectamente por sus atributos, pero además el artista ha puesto sus nombres en la parte posterior de sus cabezas.

Las estatuas están perfectamente trabajadas á pesar de las muchas dificultades que tienen siempre las obras de este género, dificultades de que el talento de M. Geefs ha sabido triunfar completamente. En lo interior del arco otras cuatro figuras alegóricas sostienen una vasta cornisa, adornada de flores artificiales, desde la que cuatro grupos de niños, colocados en los extremos del arco, arrojan ramos y coronas.

Diez pasos mas lejos, y á los dos lados del arco, se abre un doble estrado semicircular que ocuparán ochocientas señoras, convidadas con billetes por la galantería ministerial, y que en recompensa de esta distincion han sido invitadas á proveerse de ramos. El estrado construido por M. Peeters es de los mas sencillos, pero á menos de suponer una envidia mal disimulada, producida por el despecho de haber sido excluido de él el sexo feo, hay que convenir en que no puede encontrarse nada mas elegante y bello.

Pasaremos sin detenernos en los preparativos de la gran cabalgata del miércoles, organizada con la mayor inteligencia y esmero por MM. Jones, hermanos, que han hecho prodigios de actividad en estas circunstancias. No nos detendremos en las infinitas banderas, banderolas y adornos de todas clases, colocados ó suspendidos en los edificios de la calle Laeken y de Pont-Neuf. En la calle Neuve, cuyos habitantes se han esmerado extraordinariamente en la decoracion de sus fachadas y de la calle misma, bellísimas lucernas en bombas venecianas se balancean dulcemente en el espacio mientras que guirnaldas de ramaje y de flores dibujan sus elegantes curvas á lo largo de los edificios.

En la plaza de la Monnaie hay un nuevo arco de triunfo, erigido con arreglo á los dibujos de M. Philastre. Bastante pequeño de dimensiones, tiene el inconveniente de permitir por debajo el paso de la cabalgata. Por lo demás, el todo de la concepcion es digno del mayor elogio: la parte inferior del arco se compone de cuatro pórticos sostenidos por columnas corintias que sostienen innumerables vasos de flores. La parte superior, que pertenece al estilo del renacimiento, nos recuerdan las bellísimas líneas de Louvre de Enrique II. Del lado de la calle Neuve se lee la inscripcion siguiente: *Al Rey, la ciudad de Brusélas*; del lado de la plaza de la Monnaie solamente estas dos fechas: 1831. — 1856. Una estatua del rey concluye la decoracion.

De la plaza de la Monnaie, nuestro itinerario nos conduce, pasando por la calle Tripiers y el Marche aux-Herbes á la Madeleine y á la Montagne de la Cour. Aquí fijaremos la atencion en la decoracion de las galerías de Saint-Hubert, en que se ha tenido el acierto de reunir la magnificencia con el buen gusto y la sencillez. En medio de la inmensa bóveda corren largos cables sosteniendo lucernas; sobre los lados guirnaldas de follaje y banderolas de todos colores, y sobre las cornisas infinidad de plantas de todas clases que dan á esto la apariencia de un delicioso vergel.

Siguiendo nuestra marcha, llegamos al arco que se eleva en la Montagne de la Cour. Visto á la distancia de l'Office de Publicité, este arco, debido á uno de nuestros mejores arquitectos, M. Pauli, produce un efecto admirable. La disposicion es de lo mas original; la tribuna colocada en las arcadas laterales da al monumento mucha elegancia y ligereza, efecto que la triple entrada practicada en el arco contribuye á aumentar. La pintura ha sido confiada á M. Visser, el que la ha desempeñado con una habilidad sorprendente. El pedestal del arco está adornado de cuatro estatuas que representan la *Ciencia*, la *Industria*, el *Comercio* y las *Bellas-Artes*. Encima se halla la tribuna de que ya hemos hablado, y sobre la que, elegantes tapices, dejados caer negligentemente por el adornista, forman un golpe de vista excelente. A la entrada de la bóveda están las armas del reino; sobre las tribunas, las de las diversas provincias, y por remate, frente á la Montagne de la Cour, se lee: *El príncipe Leopoldo de Saxe-Cobourg es recibido en Furnes, primera ciudad del territorio belga el 17 de julio de 1831*; del otro lado: *la diputacion del Congreso nacional ofrece la corona de Bélgica al príncipe Leopoldo de Saxe-Cobourg en Londres, 26 de junio de 1831*. El arco está adornado con dos grandes cuadros que representan la coronacion; el primero representa la diputacion del Congreso nacional ofreciendo la corona á Leopoldo; y el segundo al rey prestando en la plaza Real el juramento de fidelidad á la Constitucion.

Si se penetra en el interior de la plaza Real, es imposible no quedar sorprendido por el inexplicable efecto que producen las tres inmensas construcciones que allí se levantan. En efecto, en todas las entradas de la plaza, arcos de triunfo de enormes proporciones anonadan, digámoslo así, los edificios de la plaza misma y la hermosa estatua de Godofredo de Bullon que ocupa el centro. Estas decoraciones, que siempre deben guardar entre sí y con el lugar que ocupan algunas proporciones para ofrecer un conjunto de armonía, forzoso es confesar que no llenan estas indispensables condiciones. Falta espacio, falta perspectiva en tan pequeña plaza para poder comprender el mérito de estos monumentos, que por otra parte es indisputable.

El arco construido entre la fonda de Belle-Vue y la librería Muquard es de M. J. Schadde, de Amberes, y ha sido decorado por M. Dewitt. El pórtico que da frente á la plaza Real está sostenido por ocho figuras de mujeres que representan las ocho provincias del reino, excepto Brabante: estas alegorías están agrupadas dos á dos, de modo que significan la union de las provincias flamencas y walonas. Inmediatamente, encima, en la vasta extension del arco, se encuentran cuatro estatuas pintadas, de la *Justicia*, la *Prudencia*, la *Sabiduria* y la *Fidelidad*. En medio, y entre los atributos del comercio, de las ciencias y de las artes, se lee en letras negras sobre fondo de oro, la siguiente inscripcion: *Leopoldo primo Belgarum regi*; del otro lado: *Belga grati exereunt*. Hacia la plaza del palacio, el artista ha colocado los representantes de las cuatro grandes razas á que el pueblo belga debe su origen.

El arco construido con arreglo á los dibujos de M. Wiertz es sorprendente por su grandiosa sencillez y su carácter religioso y severo. Esta decoracion es un recuerdo de la reina María Luisa, á quien la Bélgica está «acostumbrada á mirar como su genio tutelar.»

Hasta aquí la *Independencia*. Por este relato conocen ya nuestros lectores el itinerario del cortejo con todos sus adornos; ahora daremos algunos pormenores sobre la celebracion de la fiesta.

El primer dia (21 de julio) la ciudad entera estaba cubierta de decoraciones.

El rey con todo el cortejo real hizo su entrada á caballo al mediodía, por la puerta de Laeken. En la plaza Real los miembros que aun existen del Congreso nacional en número de 63, esperaban al rey en aquellas mismas gradas de Saint-Jacques-sur-Caudenberg, donde veinticinco años ántes recibian del rey el juramento constitucional y le proclamaban soberano de la Bélgica.

Quando el rey llegó ante las gradas de la iglesia, el señor baron de Gerlache, antiguo presidente del Congreso, se adelantó y pronunció un discurso al que S. M. contestó en estos términos:

« Señores:

» No os dejaré sin manifestaros cuanto he sabido apreciar los trabajos del Congreso, esa ilustre asamblea que era la representacion mas lata de la nacion, de sus sentimientos é intereses.

» Rodeado de dificultades sin cuento y aun de graves peligros, el Congreso siempre permaneció firme; comprendió lo que podia hacer la felicidad de la patria, y no se dejó desviar de su camino ni por la intriga ni por la amenaza.

» Señores: vosotros habeis fundado la obra nacional y habeis infundido tambien al país el valor para cumplir sus destinos.

» Conservo del Congreso nacional el recuerdo mas grato en el fondo de mi corazon. Siempre he apreciado el talento de esta asamblea tan numerosa, y sin embargo tan fuerte, de que en ninguna parte se ha visto ejemplo.

» Me despido de vosotros, señores, dándoos las gracias por los sentimientos que acabais de expresar, y manifestándoos mi júbilo al veros aun tan numerosos. »

El rey se dirigió enseguida á la plaza de San José donde se habia alzado un altar conmemorativo. Las diputaciones de todas las ciudades del reino ocupaban un vasto espacio á la derecha del trono dispuesto para el

rey; á la izquierda estaban las diputaciones del ejército y en las tribunas reservadas se hallaban la magistratura, el clero, las universidades, las academias y los consejos provinciales.

La llegada del rey fué anunciada por las músicas. S. M. tomó asiento en el trono teniendo á la derecha á la duquesa de Brabante, al duque reinante de Sajonia Coburgo, el duque de Brabante; á la izquierda la princesa Carlota, el príncipe real de Sajonia y el conde de Flandes. Detrás del rey estaban los miembros del cuerpo diplomático y los ministros. En las gradas los generales y oficiales de ordenanza del rey.

El señor príncipe de Ligne, en nombre del Senado arengó al rey, y luego lo hizo el presidente de los diputados; S. M. contestó a los dos discursos. Enseguida el cardenal-arzobispo de Malinas, asistido de cinco obispos, de sus capítulos y de todo el clero de la capital entonó el *Te Deum*. Despues de esta ceremonia religiosa el rey se fué á palacio.

Por la tarde hubo un banquete, dado al rey por los miembros de ambas cámaras, y por la noche hubo concierto, baile y grandes iluminaciones.

El segundo dia (22 de julio), las fiestas ofrecieron un carácter mas tranquilo. Hubo certámenes literarios en el templo de los Agustinos y ejercicios de la guardia cívica. Esta revista fué brillante; el aspecto del valeroso ejército belga era soberbio, y comprendemos muy bien la satisfaccion que se pintaba en el rostro del rey Leopoldo cuando recorría el frente de tan hermosas tropas.

No hablaremos del concierto ejecutado por la tarde en el palacio ducal, ni de los espectáculos gratuitos en los teatros del Parque y de Novedades; las iluminaciones tenían un efecto mágico; todos los establecimientos públicos se distinguían.

El tercer dia (23 de julio) era el destinado á la gran cabalgata histórica. Confieso que nunca habia visto una cabalgata histórica, pero no vacilo en decir que desde luego me ha dejado prendado este espectáculo. No creo que una descripcion pueda hacer conocer en todas sus partes, ese vasto cuadro que abraza épocas tan distintas de costumbres y de traje. Sin embargo, probaremos. — El primer grupo parece destinado á honrar los recuerdos del Limburgo cuyo carro lleva los atributos y las armas. El motivo de este grupo es el triunfo de Clodio fundador de la dinastía merovingea. La pieza de honor es un *oppidum* ó fortaleza antigua, sobre la cual está Clodio de pié llevado sobre un escudo por guerreros francos. Por los cuatro lados del carro salen los cuatro rios que marcabán antiguamente los límites de la Galia belga. Prisioneros romanos arrastran el carro del vencedor en torno del cual marchan los principales jefes militares contemporáneos de la invasion. Detrás van mujeres francas recordando las primeras inmigraciones. Cada provincia suministra una página histórica á esta magnífica epopeya. Entre ellas vemos el cuadro de la glorificacion de Carlos Quinto, aquel dominador poderoso que estrechó la Europa toda en su mano robusta, aquel monarca español que nació en Gante y murió en un convento. Esta figura grande y varonil evoca los mas bellos recuerdos de la historia de los Países-Bajos.

Hé aquí el carro de Amberes; estamos en el siglo XVII, esto es en una de las épocas mas gloriosas de la historia intelectual y moral de los Países-Bajos, y vemos desfilar este radiante cortejo: Otto Venius y su discípulo querido Rubens, Van Dyck, Justo Lipse, y Van Helmont, Spinosa, Mansfeld y otras figuras ilustres de la época.

El grupo de Namur no llamó tanto la atencion como los anteriores. Pasamos del dominio de la historia al campo de la alegoría. Hé aquí en efecto la Agricultura personificada por la rubia Ceres, y llevada por cuarenta caballos de labranza llenos de cintas y guiados por campesinos con blusa.

Sabido es que el Hainaut encierra las fuerzas vivas mas preciosas de la Bélgica, de modo que es fácil concebir el puesto importante que el vapor debia ocupar en una representacion de ese género. La industria ullera tenia tambien derecho á una mencion honorífica, y en efecto, detrás del carro en el que se veían los variados productos de las principales manufacturas, iba un grupo de mineros con los instrumentos de trabajo.

La provincia de Lieja es sin contradiccion el centro manufacturero de la Bélgica; así hizo desfilar la numerosa familia de sus artesanos y las muestras de las artes industriales que cultiva con tanta superioridad. Por supuesto no se habian olvidado las armas; el trofeo que las reunia con los proyectiles de guerra era del mejor gusto.

La horticultura, que en Gante es una pasión, presentaba su obra maestra. El carro que representaba esta industria figuraba una enorme roca, por entre cuyas grietas salen plantas exóticas que se columpian sobre el rostro fresco y rosado de Flora y de la susodicha Ceres.

La última alegoría era el carro de Paz. El carro, de forma rostral, llevaba en su cúspide el busto del rey Leopoldo rodeado de atributos de las ciencias, las letras y las artes nobles y las artes útiles.

Tal era esa brillante cabalgata en la que no se sabia que admirar mas, si la riqueza y exactitud de los trajes y la buena disposicion de los pormenores, ó la representacion histórica y el sentimiento artístico que ponía en evidencia sus remedos.

Poco nos queda que decir para agotar la serie de los regocijos de este último dia. Por la tarde hubo concierto en el teatro Real, y espectáculos gratuitos, y por la no-

che se concluyó todo con los fuegos artificiales, detalle indispensable en toda fiesta.

El rey, en los tres días, parecía experimentar un gran placer prodigándose a su pueblo; se mostraba por todas partes y siempre con esa sencillez que le es característica.

GERIFALTE.

Por CÁRLOS DE BERNARD.

(Continuación.)

Un día la hallé meditando. En el momento muy corto que tuve para hablarla, no me respondió con su viveza ordinaria; la expresión de sus ojos estaba cambiada, su brillo tenía algo de mas interior y de menos radiante; en vez de deslumbrarme con su esplendor excesivo, parecía que se enternecía al fijarse en los míos y que mi mirada penetraba sus pupilas húmedas y tristes; tenía los párpados un poco bajos como si se cansara de verse contemplada por mí de aquella manera. Al hablarme su voz tenía una vibración sorda y amortiguada cierto no sé qué indefinible cuya languidez llegaba a lo más recóndito de mi alma. Nunca me había mirado con aquellos ojos, nunca me había hablado con aquella voz. Aquel día supe que me amaba.

Volví a mi casa con el cielo en el corazón, pues yo también la amaba y con una ternura de que me había creído incapaz hasta entonces. En la violencia del sentimiento de que estaba penetrado, me indignaba esa opinión vulgar de que solo se ama bien la primera vez, como si el momento verdadero de comprender la pasión en su inmensidad y en sus delicadezas mas pequeñas no fuera ese tiempo en que la vida no es ya una fusión y no es todavía un recuerdo, en que el hombre no la ve ni delante ni detrás de sí, sino que la siente en su interior, y la gasta con una especie de rabia, pues conoce cuán fugitivo es en la existencia ese período que lleva todas las facultades al apogeo de su fuerza.

Cuando víde nuevo a la señora de Bergenheim la encontré completamente cambiada con respecto a mí; una gravedad glacial, una seriedad impasible, una altanería irónica ó desdenosa habían sucedido al abandono de antes. A pesar de mi determinación de amar con candor, me era imposible volver a la edad dichosa en que el ceño fruncido del ídolo adorado inspiran al hombre el pensamiento de apelar al suicidio. No podía aislarme de mi experiencia. Mi corazón se había rejuvenecido, pero no mi cabeza. No desesperaba pues, por aquel cambio, ni por la tormenta que me presagiaba: hace tiempo que la esperaba y que la deseaba; ¿no hay que atravesar los rigores del invierno para alcanzar los dorados rayos de la primavera?

Ahora, me decía yo, la coquetería está vencida, no se presentará ya mas en el campo de batalla. Ha visto que la acción era reñida y quiere fortificarse dentro de la plaza para pensar en la defensa y no en el ataque. Hemos pasado pues, el período de las sonrisas amables, de las dulces miradas, de las confidencias, y entramos en el del enfado, la severidad y el disimulo, mientras llegan los remordimientos y la desesperación del desenlace. Estoy seguro de que hace un llamamiento completo a sus fuerzas de resistencia. Desde hoy van a entrar en línea el deber, la fidelidad conyugal, el honor y otros hermosos sentimientos que exigirán una enumeración al modo de Homero. Al primer asalto los principales batallones harán una salida furiosa; si logro derrotarlos y posesionarme de los fosos de la plaza, entonces se convocarán las reservas y lloverán sobre mi cabeza a guisa de piedras y de pez ardiente, la virtud, la religion, el cielo y el infierno.

Calculé la fuerza y la duración aproximada de estos diferentes medios de defensa. Todo me pareció cuestión de tiempo, y creía poder medir el término con exactitud; merecía ser derrotado por mi presunción y alcancé en efecto lo que merecía.

Para vencer hay que combatir. A pesar de todos mis esfuerzos y todas mis astucias me fué imposible obtener ese combate. La señora de Bergenheim permanecía envuelta en su reserva sistemática con una prudencia y una habilidad increíbles si se atiende a su carácter.

Durante todo el fin del invierno no encontré una sola vez ocasión de hablarla sin festigos. Como había concluido por presentarme todas las noches en el salón de su tía, ella no entraba nunca sino cuando ya había gente, no salía ya sola, y en todos los sitios donde podía verla estaba seguro de encontrarla entre una porción de mujeres que hacían imposible todo coloquio entre ambos. Por fin, era una resistencia desesperada, y sin embargo, me quería. Yo veía que sus mejillas perdían el color insensiblemente; sus ojos tan brillantes presentaban a menudo un círculo negro como si hubiera pasado noches sin dormir; á veces les sorprendía fijos en mí cuando creía que nadie la miraba, pero entonces los volvía inmediatamente.

Había sido una coqueta indiferente; ahora era una amante virtuosa. Yo me daba á todos los demonios imaginables.

Estábamos ya en la primavera. Una tarde iba yo á casa de la señorita de Corandeuil indispueta hacia algunos días, sin embargo, me recibieron, quizás por un error del criado. Al entrar en el salón distinguí á la señora de Bergenheim que se hallaba sola bordando, sentada en un diván. Había muchos jarrones de flores en

las ventanas, cuyas cortinas dejaban solo penetrar una luz escasa y misteriosa. El perfume de las flores, aquella oscuridad, la soledad en que se hallaba me dieron una embriaguez súbita y tuve que detenerme un instante para apaciguar los latidos de mi corazón.

Clemencia se había levantado al oír pronunciar mi nombre; sin hablar, sin dejar su bordado, me señaló un sillón y volvió á sentarse; pero yo en lugar de obedecer me dejé caer de rodillas delante de ella y tomé sus dos manos que ella me abandonó: no hubiera podido hablar sin comenzar diciendo: Te amo. La dije pues, todo cuanto me inspiró su ternura. ¡Oh! estoy seguro que mis palabras penetraron hasta lo mas recóndito de su alma, pues yo las sentía arder al salir de la mía.

Me escuchó sin interrumpirme, sin responderme, con el rostro inclinado hacia mí como si hubiese respirado una flor; y cuando la supliqué que me hablara, cuando imploré una sola palabra, pero una palabra de su corazón, alzó una de sus manos prisioneras y la colocó sobre mi frente inclinándola hácia atrás por ese ademán tan familiar á las mujeres. Largo tiempo me estuvo mirando así; sus ojos parecían que se apagaban bajo sus párpados y su languidez era tan penetrante que llegó un momento en que yo cerré los míos no pudiendo ya soportarla. La fascinación de aquella mirada, el contacto de la mano en mis cabellos, me mantuvieron durante un instante sumergido en un letargo magnético de una voluptuosidad tan dulce que invocaba la muerte.

Un estremecimiento de ella cuya conmoción eléctrica recibí, me despertó; al abrir los ojos ví su rostro bañado en llanto. Se había inclinado hácia atrás y me rechazaba; yo me levanté con ímpetu, me senté á su lado y la tomé en mis brazos.

— ¿No es verdad que soy muy desgraciada? dijo, y se dejó caer sobre mi pecho sollozando.

— La señora condesa de Pontiviers, anunció el criado á quien habria asesinado yo de buena gana con la persona que le seguía.

No volví á ver en París á la señora de Bergenheim. A la otra mañana tuve que salir para Burdeos por el pleito que sabes, y cuando volví al cabo de tres semanas, ya ella se había marchado. Por fin supe que estaba aquí y he venido... á este punto ha llegado mi drama.

Ahora bien puedes suponer que no te he contado esta larga historia por el gusto de tenerte despierto hasta la una de la mañana. He querido explicarte que se trata para mí de una cosa muy seria, á fin de que no me niegues lo que tengo de pedirte.

— Te veo venir, dijo Marillac con aire pensativo.

— Conoces á Bergenheim y tienes que ir á verle mañana; te convidará á pasar algunos días en su casa y te quedarás á comer; verás á la señorita de Corandeuil, pronunciarás mi nombre delante de ella al hablar de nuestro viaje pintoresco, y no se pasarán muchas horas sin que yo reciba de mí venerable prima de 1569 un recado para que vaya á verla.

— Preferiría hacerte otro favor distinto, contestó el artista paseándose por el cuarto; sé muy bien que los solteros deben en toda ocasión sostenerse contra los maridos; pero eso no me quita un remordimiento de conciencia. ¿Sabes que he salvado la vida á Bergenheim?

— Tranquilízate, hasta ahora no corre los mayores peligros; de todo esto no resultará para mí probablemente mas que el gustillo de incomodar á esa cruel que me ha desafiado hoy: ¿quedamos en ello?

— Sea, puesto que así lo quieres; pero cuando esté hecha nuestra visita, trabajaremos de firme. ¿Qué te parece? Seguiremos nuestro drama ó empezaremos la *Casta Susana*, ópera en tres actos. Noto que con tus amores descuidas mucho el arte.

— Sí, sí, trabajaremos; hasta mañana pues.

— Hasta mañana.

VIII.

Eran las tres de la tarde; el salón del palacio de Bergenheim ofrecía su aspecto ordinario. La lumbre de la chimenea encendida por la mañana se apagaba lentamente con los rayos que por los balcones entreabiertos proyectaba en el suelo un hermoso sol de otoño.

Delante de la chimenea la señorita de Corandeuil recostada en su inmensa butaca con Constanza á sus piés, estaba leyendo los periódicos que acababa de traer el correo. En el balcón la señora de Bergenheim parecía muy ocupada en su labor, pero la lentitud de su aguja y los singulares errores que á veces cometía indicaba que su espíritu viajaba muy lejos de las flores que nacían bajo sus manos. Estaba á punto de concluir una azucena de un hermoso negro, que formaba un contraste notable con sus blancas hermanas, cuando entró un criado diciendo:

— Un caballero pregunta por el señor baron.

— ¿Está el baron en casa? exclamó la señorita de Corandeuil.

— El señor baron acaba de salir á caballo con la señorita Alina.

— ¿Y quién es ese caballero?

— No le conozco, ni le he preguntado su nombre.

— Que entre.

A las primeras palabras del criado Clemencia se había levantado dejando su labor sobre el sillón, y había hecho un movimiento para salir, pero reflexionando un poco volvió á sentarse, y se puso á bordar con ahinco indiferente en apariencia á lo que iba á pasar.

— El caballero de Marillac, anunció el lacayo abriendo por segunda vez la puerta.

La señora de Bergenheim lanzó una mirada rápida al

individuo que se presentaba y luego respiró fuertemente.

Después de haber restablecido la armonía en sus melenas extravagantes, el artista entró en el salón con aire de importancia. Muy ajustado en su levitín de viaje y columpiando con soltura un sombrero blanco, saludó respetuosamente á las dos señoras y se plantó luego como un retrato de Van Dyck.

Al aspecto de aquella fisonomía formidablemente barbuda, Constanza experimentó un terror propio de su carácter; en vez de saltar, según costumbre, á las piernas del recién llegado, se refugió ladrando sordamente bajo el sillón de su ama; esta al pronto sintió sino el espanto al menos una parte de la repugnancia de Constanza; entre sus numerosas antipatías, la solterona aborrecía las barbas: sentimiento común á todas las viejas que toleran poco los bigotes, por la razón de que en 1780 no se llevaban.

Los ojos de Marillac se clavaron involuntariamente en los cuadros y los demás detalles pintorescos de un aposento que tenía derecho de fijar la atención de todo inteligente; pero comprendió en breve que no era oportuno el momento para entregarse á una contemplación artística, y que era preciso dejar los muertos por los vivos.

— Señoras, dijo, debo ante todo pedir mil perdones por haber entrado aquí sin haber tenido el honor de ser presentado; pensaba encontrar al baron de Bergenheim con quien tengo buenas relaciones; me habían dicho que estaba en casa.

— Los amigos de mi marido, caballero, no necesitan ninguna presentación aquí, respondió Clemencia; sin duda el señor baron no tardará en volver.

Y con un ademán gracioso le señaló un sillón.

— Vuestro nombre no nos es desconocido, dijo la señorita de Corandeuil que había logrado calmar la agitación de Constanza; me acuerdo muy bien haberle oído en boca del baron.

— Hemos estado juntos en el colegio de Enrique IV, aunque yo tenga algunos años menos.

— Pero hay mas que una amistad de colegio, exclamó la señora de Bergenheim herida de un recuerdo súbito. ¿No sois vos, caballero, quien salvó la vida á mi marido en 1830?

Marillac inclinó la cabeza sonriendo y luego se sentó; era una toma de posesión para la cual le asistía un derecho incontestable.

La señorita de Corandeuil no podía menos de recibir afable al salvador de su sobrino á pesar de sus bigotes y su barba.

Pasados los primeros cumplimientos, la señora de Bergenheim con la amabilidad de una dueña de casa que busca los asuntos de conversacion mas propios para lisonjear á sus visitas, prosiguió diciendo:

— Mi marido, que jamás le gusta hablar de sí, no ha querido contarnos los pormenores de la aventura en que corrió tal peligro. ¿Tendrais la bondad de satisfacer nuestra curiosidad sobre ese punto?

Entre otras cualidades, Marillac tenía la de contar de una manera *impresionante*, como él decía. Estas palabras resonaron, pues, con una armonía divina en sus oídos.

— Señoras mías, dijo cruzando una pierna sobre otra y apoyando un codo en el brazo de su sillón, era el 28 de julio, los desastrosos decretos habían producido su efecto; el volcan que...

— Caballero, perdonadme si os interrumpo, dijo con presteza la señorita de Corandeuil; á mi juicio y según muchas personas aquellos decretos eran tan buenos como necesarios; Carlos X no tuvo cincuenta mil hombres al rededor de París para sostenerlos, ahí está su falta. Soy una mujer, caballero, pero si yo hubiese tenido á mis órdenes veinte cañones en los muelles y otros tantos en el boulevard, os prometo que vuestra bandera tricolor no se habría enarbolado en Tullerías.

El artista se quedó atónito al oír á la solterona, pero comprendiendo que allí no venían bien sus protestas republicanas, y pensando además en la misión de que estaba encargado, creyó oportuno maniobrar con diplomacia.

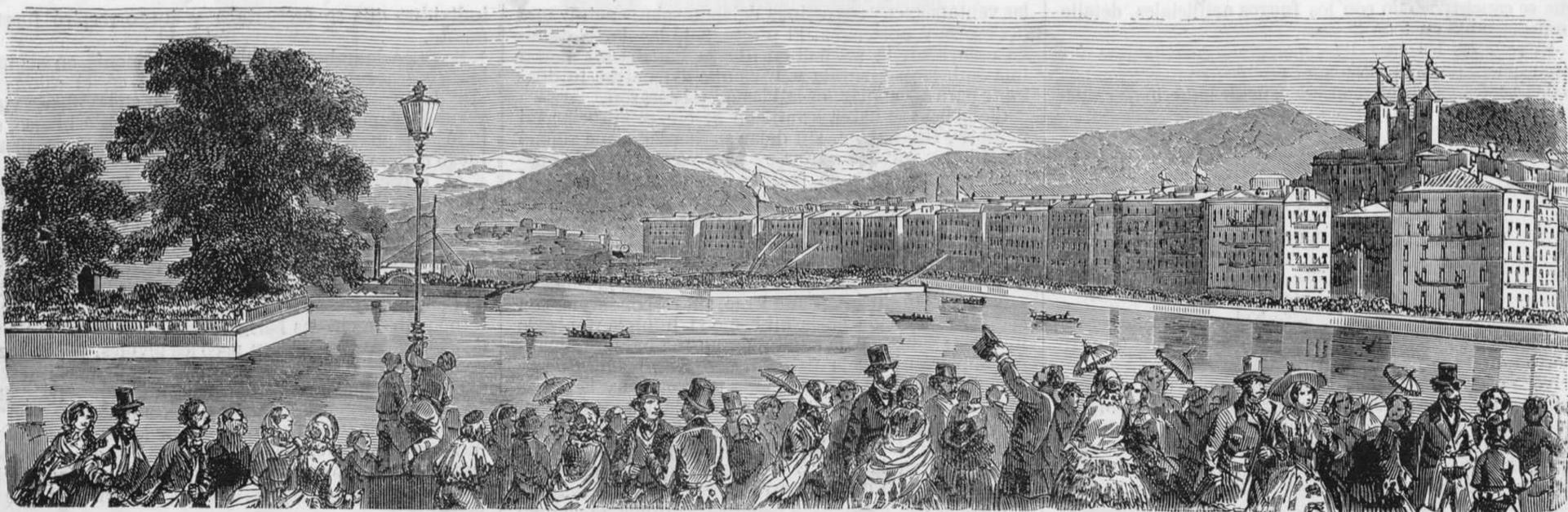
(Se continuará.)

Fiestas y concierto federal en Ginebra.

Después de las grandes fiestas de la Bélgica, hé aquí un cuadro curioso de las fiestas helvéticas: se trata de Ginebra y del concierto federal que en ella ha tenido lugar últimamente. El miércoles 9 de julio los puentes, los muelles, los paseos, las ventanas, las azoteas presentaban en Ginebra en medio del día ese interesante espectáculo de la muchedumbre amontonada, agitada y alegre como se encuentra en las funciones populares.

A lo lejos un vapor surcaba las ondas silenciosas y millares de ojos amigos distinguían ya flotar las banderas confederadas con la de la Sociedad de música helvética, la reina de la fiesta aquel día, puesto que se trataba de un concierto federal, concierto largo tiempo esperado y para el cual se habían hecho grandes preparativos.

Esta federación musical es una noble idea. A su beneficio ese pequeño país reúne anualmente á sus hijos por el atractivo de la armonía, por los encantos de la música mas elevada que se populariza de ese modo. ¡Placeres sencillos y puros sin mezcla de amargura!



Llegada á Ginebra del vapor con las Sociedades de música para el gran concierto federal helvético.

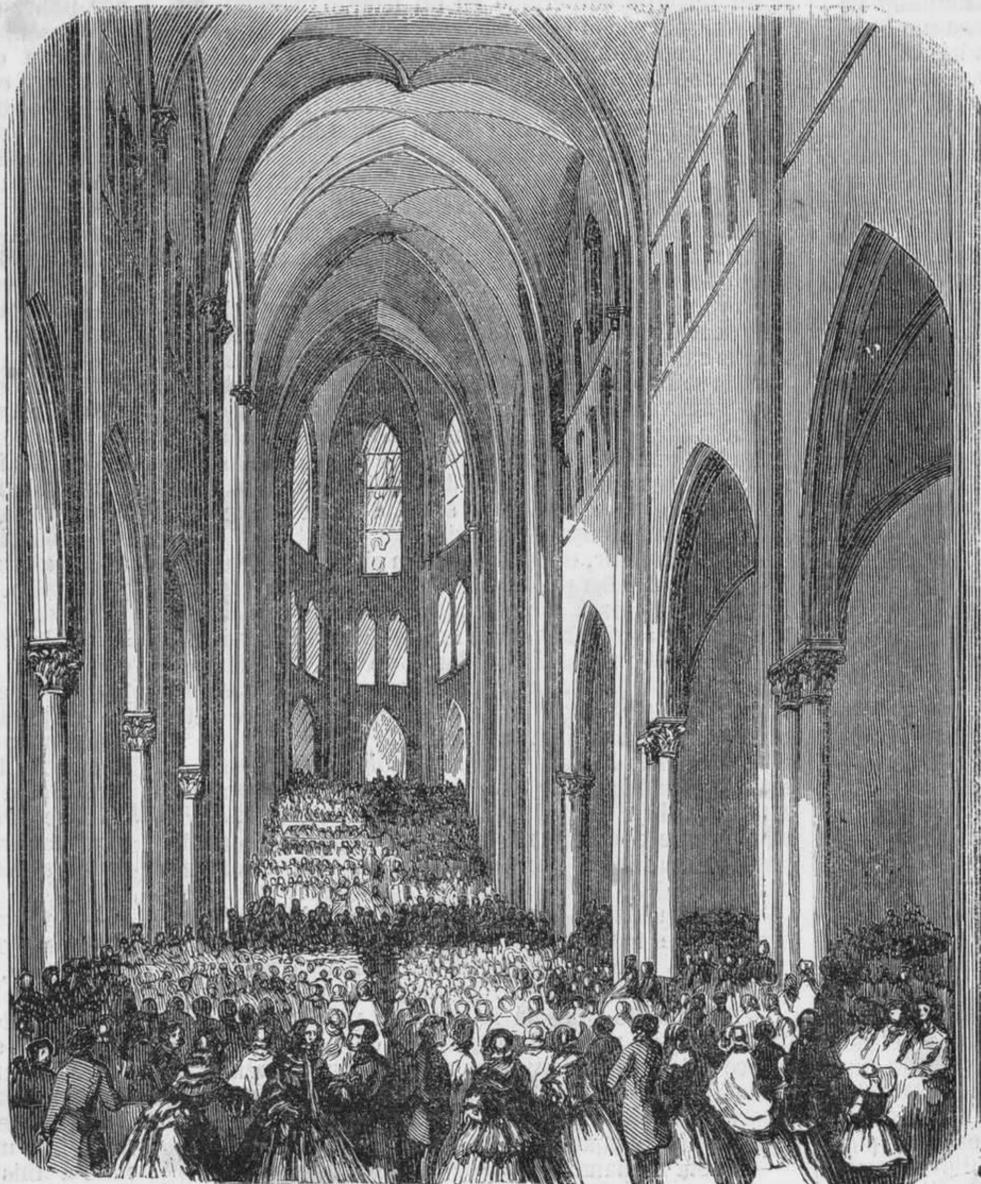
Hoy es Ginebra, el año próximo será Zurich, el otro San Galo, luego Berna, Soleure, etc. etc., llegad, pues, alegres tenores, bajos poderosos que ya os esperan en la orilla amables soprani. Resuena el cañon celebrando vuestra venida; esas tres banderas de la catedral que se inclinan sobre las antiguas torres de San Pedro os saludan. Vuestro vapor se detiene, y en los muelles las músicas, las trompetas y tambores os aclaman.

Inútil es decir que suprimimos de esta narracion los detalles, discursos, cortejo, vino de honor, serenata, iluminacion, y todo lo consiguiente. El autor de este artículo se limita á los cuadros populares y como es pintor escribe de su estudio al propio tiempo que dibuja las vistas que acompañan.

El juéves, dice, una fiesta en la villa Bartholony reunia tres mil personas; en la tierra y en las aguas, todo era música, coros alegres, regatas, fuegos artificiales.... Causa placer el poder dar una hospitalidad generosa, el poder mostrar cuando llega el caso en la ciudad natal, lo que llega á ser el hombre por su trabajo, lo que puede el oro cuando se emplea acertadamente.

Por la noche todos los vapores, chalupas y botecillos se llevaban á los convidados gozosos, y entonces Ginebra iluminada cuyos mil fuegos se reflejaban á lo lejos en las aguas, presentaba en aquella noche tan serena un espectáculo encantador que es preciso haber visto y que yo renuncio á describir.

El concierto sagrado del dia siguiente era la parte mas importante del programa. Una sinfonia de Beethoven, un oratorio de Mendelshon. Nada ménos. Así se veía una resplande-



Concierto sagrado en la catedral de Ginebra.

cente cohorte de blancas hijas de Eva en el estrado majestuoso de nuestra antigua catedral. ¡Qué voces tan frescas y vibrantes! Y en tanto que el sol en el ocaso pasando por los vidrios de colores daba matices fantásticos á las bóvedas santas, ¡qué solemnidad tan religiosa en todo aquel conjunto! — ¡Oh, grandes maestros! Esa encantadora armonía que se eleva de nuestra pobre tierra, ese eco de vuestras obras sublimes, de vuestros divinos pensamientos, ¿os llega, amigos míos, hasta la mansión de la gloria? La ejecucion fué completa, inimitable.

La fiesta se terminó por un banquete de mil cubiertos. Esto es, pareció que se terminaba, pero el sábado 12 de julio nos reservaba un fin mas agradable todavía y estoy seguro que las damas desean este fin para todas las fiestas.

Después de otro concierto igualmente satisfactorio, un baile brillante reunia por la noche en el palacio electoral elegantemente adornado, á las tres mil personas que diríamos habian jurado no separarse hacia cuatro dias; ¿qué mejor cosa para olvidar el cansancio del placer que el placer mismo? Y luego esas fiestas cívicas, con sus banderas, sus colores nacionales, los uniformes de nuestras milicias tienen una alegría que nada reemplaza y que se aumenta en el instante de la marcha.

Pero amanece y se concluyen los bailes. ¡Adios queridos compatriotas, hermosas conñederadas; mantillas blancas, chales de color de rosa, vestidos azules!... ¡Adios alegre fiesta; pueda tu memoria distraer largo tiempo nuestros pensamientos!

Ginebra 13 de julio de 1856.

¡C. B.



Fiestas de la villa Bartholony, con motivo del concierto federal.



Fronton esculpido procedente de Sebastopol.

Trofeos

DE LA GUERRA DE CRIMEA.

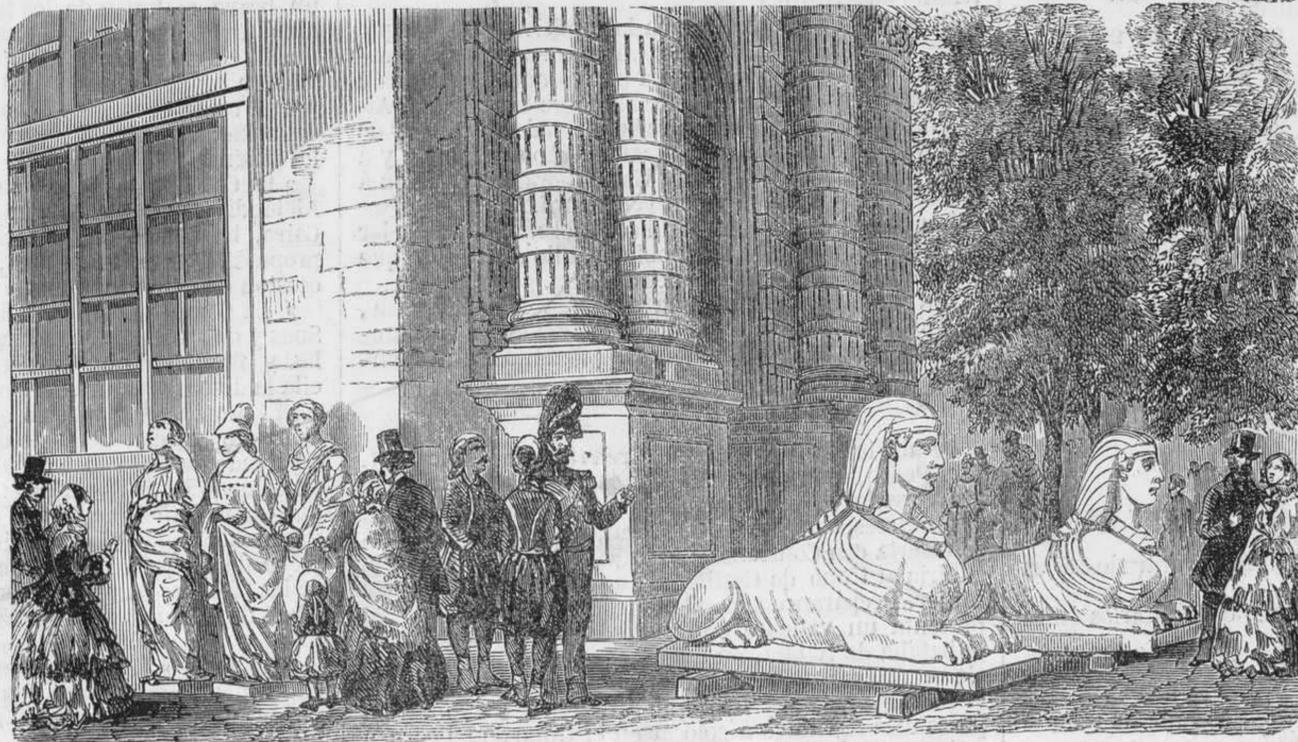
Al entrar en Sebastopol los ejércitos aliados hallaron la ciudad casi destruida por el bombardeo que habia sufrido durante tanto tiempo, y por el fuego que los mismos soldados rusos hubieron de prender en su movimiento de retirada á los fuertes del Norte.

Sin embargo, sobre las alturas que ocupaban la ciudad y los fuertes Nicolás, Alejandro y de la Cuarentena, algunos monumentos se hallaban casi intactos, ya porque los rusos en la precipitacion de su retirada no tuviesen tiempo para extender su obra de destruccion, ó ya simplemente por un olvido muy natural en medio de las preocupaciones de semejante catástrofe.

Entre estos monumentos se notaban el Museo de los Modelos, situado en la parte alta de la ciudad y la Casa de la Nobleza, situada por el contrario, á la orilla del puerto detrás del fuerte San Nicolás y á la extremidad de la calle de Santa Catalina. Como existian en estos monumentos algunas estatuas y frisos poco deteriorados, el general en jefe decidió que se recogerian con cuidado y se mandarian á Francia. Esta



La casa de la Nobleza y el museo de los Modelos en Sebastopol, despues de arrancados los bajos-relieves que les adornaban.



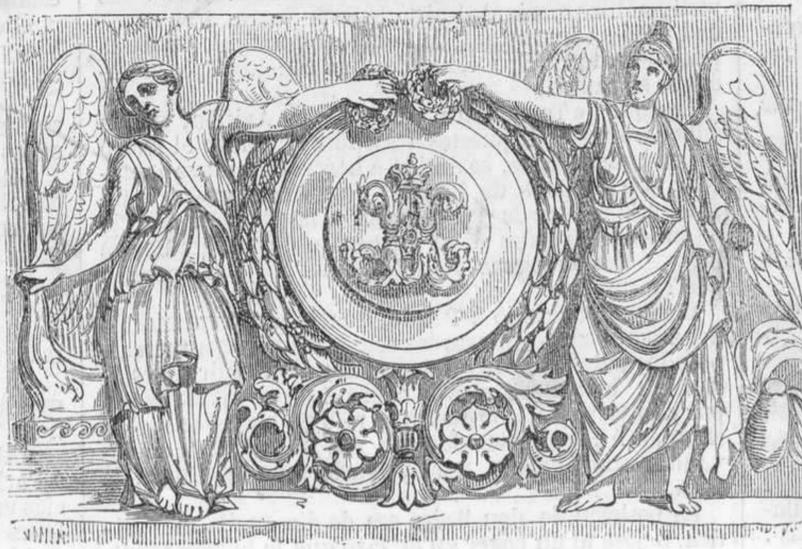
Exposicion en el jardin de Tullerias de las esculturas traidas de Sebastopol.

operacion ofrecia muchas dificultades, pues era preciso ejecutarla sobre puntos descubiertos y expuestos al fuego continuo de los fuertes del Norte. Los ingenieros encargados de la obra, la terminaron fácilmente.

En la Casa de la Nobleza para quitar los bajos-relieves hubo que poner andamios interiores, desguarnecer los muros por detrás y cortar cada pieza á la vista de las baterias del fuerte ruso colocado enfrente del Arsenal. Estos bajos-relieves, frontones, frisos y estatuas, así sustraídos, aunque mutilados, á los fuegos de los fuertes del Norte y á la explosion del fuerte de San Nicolás, han sido traídos á Paris y han estado expuestos al público en el jardin del palacio de Tullerias.

Si estas obras de un arte vulgar, no fuesen trofeos de la toma de Sebastopol, no excitarian seguramente la mayor curiosidad, ni serian propios para dar una idea aventajada de la escultura decorativa de los monumentos en Rusia; á mayor abundamiento, no son tampoco de origen ruso, sino que han sido ejecutados en parte, en las canteras de Carrara, por los especuladores que las firman, sin que podamos decir que han salido de sus manos.

DURAND-BRAGER.



Fragmentos de bajos-relieves traídos de Sebastopol.

LA MINA DE ORO,

DON GUTIERRE FERNANDEZ DE TOLEDO.

POR EL CONDE DE FABRAQUER.

(Conclusion.)

— Y si al contrario, yo llegase por mi sola fuerza á afirmar mi trono en Castilla y vencer á don Pedro y sus aventureros franceses... si despues de algunos años consolido mi poder en Castilla y en Leon, y si pudiendo entonces imponerles mi esposa... me dirigiese á tí, ¿qué dirías tú, María?

— Yo, Martín, dijo arrojándose llorando en sus brazos, te amaria toda mi vida...

— Gracias, María, dijo el rey cogiéndola en sus brazos, gracias, esposa mia.

Oyóse al mismo tiempo el ruido de los clarines y atabales que anunciaban la llegada de la comitiva que venia á buscar al rey para acompañarlo á la catedral. Asomóse el rey y María á la ventana. Acercábase la hora del triunfo y Alvaro no volvia aun. Llegaba Olmedo adornado ya para la ceremonia. ¡Y Alvaro, Alvaro no parecía! Crecia la inquietud del rey y de María.

En tanto íbase reuniendo en el patio y en el pórtico de palacio la nobleza y ricos hombres de Leon. Olmedo, legándose á un oficial que le hablaba de un cadáver hallado aquella mañana le preguntó:

— ¿Tú has visto á aquel hombre asesinado?

— No.

— ¿No se dice su nombre?

— No.

— Yo voy á decírtelo.

— ¿Lo sabéis?

— Sí, y te apresurarás á decírselo á todos, es Alvaro Fernandez de Toledo, un proscrito fuera de la ley. Apresúrate á esparcir la noticia.

— Es fácil.

— Haz lo que te he mandado.

Saludó respetuosamente el oficial al favorito. Habia previsto este que aquella muerte se descubriría inmediatamente. Importábele poco, porque los muertos no hablan, y creía muerto á Alvaro. Llegóse en esto á él Fortuño, á quien le dijo:

— Fortuño, ¿ya estás aquí? ¿Sabes que yo mismo he hecho publicar el nombre de nuestro enemigo muerto?

— ¿Tú?...

— Sí, he pensado que era preciso que se conociese pronto el nombre del proscrito, para que se olvide tal vez mas pronto. ¿Pero tienes miedo?

— No, parece que hay poco peligro... Tú no tiembles.

— Sí, todos mis terrores se han desvanecido ahora y podemos hacer proyectos...

— Yo ya los he hecho.

— ¿Cuáles?

— Me largo de los reinos de Castilla y de Leon.

— ¿Y dónde quieres irte?...

— Muy largo de aquí... Yo no tengo ambicion. Tú puedes pasarte perfectamente sin mí... Debíamos partir ganancias y te abandono las mías.

— ¿Pero estás loco?.. El trabajo era pesado... se ha concluido y quieres ahora perder tu parte de provecho... Aguarda al ménos á que esté bien guarnecida de oro tu escarcela.

— De oro la tendré llena sin eso.

— ¿Y cómo?

— Sé donde habia él enterrado sus tesoros...

— ¿Quién?

— ¡Toma! el que he matado esta noche; y sus tesoros me bastarán... Todo el resto es para tí.

— ¡Tesoros!... ¿Con qué los habia encontrado en las galeras?

— No, pero habia tenido cuidado de ocultarlos ántes de su deportacion...

— Te vuelves loco.

— ¿Por qué?

— ¡Cómo! ¿Tesoros ocultos por ese montañés que se moría de hambre y de miseria?

— ¿Qué montañés?

— ¿Con que has perdido la memoria?

— ¡No, pardiéz! La tengo muy buena y no te comprendo; porque como yo, tú has visto bien al ministro.

— ¿Qué ministro?

— ¿Tú lo preguntas?... ¡Es bueno eso! á quien me has señalado tú esta noche.

En aquel momento entró Alvaro en el patio del palacio que se hallaba lleno de gentes, pero no le vieron los dos cómplices, que continuaron en su animada conversacion.

— Me haces estremecer, Fortuño, dijo Olmedo. ¿A quién has herido tú, pues, con tu puñal?

Adelantóse entonces Alvaro de un grupo que se hallaba inmediato, dijo en alta y terrible voz:

— ¡A Samuel Leví!

Retrocedió lleno de espanto Olmedo cual si tuviese delante la espada fulminante del ángel de la justicia. Alvaro continuó:

— Y esa última muerte, Olmedo, ha causado tu perdicion... Samuel Leví volvia para acusarte de haber dado de puñaladas á doña Leonor de Guzman en Talavera de la Reina. Llevaba sobre él todas las pruebas: le habeis muerto en la calle, al ir á la cita que le ha-

bais dado; han sido halladas estas pruebas sobre su cadáver, y á esta hora están en manos del rey y tú estás perdido.

— ¡Perdido! dijo Olmedo mirando en derredor de sí.

— Conoció su intencion Alvaro, y mirándole fijamente le dijo:

— Todas las puertas están guardadas, es imposible la fuga.

— Imposible... exclamó aterrado Olmedo. Entonces lo será para los dos.

Y echando mano á su puñal, trató de herir á Alvaro, pero su padre se interpuso rápidamente con la espada en la mano entre él y el asesino.

— ¡Don Gutierre! exclamó Olmedo al verlo, dejando caer de la mano el puñal y quedando petrificado.

Parecia que el ángel del Señor con el sonido de la trompeta habia hecho salir de su sepulcro á los muertos para confundirlo, para anonadarlo.

— Sí, dijo don Gutierre á su hijo, solo me he armado para tu defensa. Tú eres el pensamiento, el genio, yo soy el brazo que protege; si ese hombre da un paso adelante hácia tí, lo dejo muerto. Yo no cruzaré mi espada con el puñal de un asesino. Tendré un duelo con él, pero delante de jueces... Los dos estamos acusados de un mismo crimen, yo hace quince años, él hace dos horas... Y este duelo no se hará aguardar largo tiempo.

Bajó al mismo tiempo el rey, porque ya habia sonado la hora para ir á la catedral, y viendo la comitiva reunida en el pórtico, y enterado de lo recientemente acaecido:

— Venid, castellanos, exclamó con noble majestad, esta es la hora de la justicia. Venid todos... Capitan de mis ballesteros, haced que aproximen ese alazan ricamente enjaezado, en el que cabalgará Alvaro Fernandez de Toledo, á quien yo reconozco por autor del libro que revela la mina de oro, y no Olmedo, convicto de haber robado esta obra al genio... sí, convicto y acusado además de haber asesinado á doña Leonor de Guzman, mi madre, y hasta la hora del juicio, capitan de mis ballesteros, con vuestra cabeza me responderéis de su persona. Y vosotros, ricos hombres de Castilla, abrid paso á don Alvaro Fernandez de Toledo, el explorador de las montañas de Asturias, y á quien su rey y su amigo nombra hoy adelantado mayor de aquel reino.

— No me abandonéis... no os separéis de mí, dijo Alvaro á su padre y á su hermana, al montar á caballo para acompañar al rey.

El capitán de los ballesteros puso la mano sobre el hombro de Olmedo, y apoderándose de él sus soldados lo condujeron á una prision, interin llegaba el día de que expiase en la horca su delitos.

Fortuño no tuvo mas que acelerar sus proyectos de alejarse de Castilla. Habia trabajado sin saberlo él en el triunfo de Alvaro.

El pueblo de Leon aclamaba la comitiva triunfal, que desde el palacio fué á la catedral. Una matrona en representacion de Asturias tenia una corona de encina en sus manos, y se hallaba colocada sobre un tablado. Alvaro era el objeto de las miradas de todos. Los ojos de Alvaro, sin embargo, no buscaban sino á su padre y á su hermana. El tío Pedro y María llorando vinieron á arrodillarse delante de él en la catedral.

El antiguo capitan de don Pedro, el modesto leñador de Asturias, mostraba con noble orgullo á su hijo, que era el objeto de las atenciones de todos.

— ¡Mirale! decia con una suprema felicidad. ¡Oh, Dios mio! Tú has querido que nuestras alegrías sobrepujen á nuestros padecimientos. ¡Bendito sea tu nombre!

VII.

Pasaba todo esto que hemos referido en el año 1367. Don Pedro desde Bayona, donde se hallaba fugitivo, atraviesa los Pirineos seguido de la flor de los caballeros ingleses, convino en que Juan, duque de Lancastre, se casaria con Constanza, su hija, y que á su muerte subiria al trono de Castilla el duque por derecho de su mujer. Preparábase al combate los dos partidos. Enrique presenta un valiente y numeroso ejército; empero en la batalla de Najera, en donde por ambas partes se hicieron prodigios de valor, quedó vencido por Eduardo el Príncipe Negro, y tuvo que retirarse á Aviñon, y en pocos días se vuelve á colocar en el trono don Pedro, á quien nada habia enseñado la adversidad, y que se entrega de nuevo á sus sanguinarios instintos. Entre otras víctimas hizo morir al almirante Boca-Negra. A su crueldad unió su ingratitud; la falta de cumplimiento á sus promesas al príncipe Eduardo, que concluyó por abandonar su causa.

Enrique de Trastamara, refugiado en Aviñon, viendo á los castellanos dispuestos á sacudir de nuevo el férreo yugo de don Pedro, se decide á hacer una nueva tentativa. Con el apoyo de Bertran Duguesclin vuelve á España á la cabeza de un ejército. A la primera noticia de su llegada corren á su encuentro los habitantes de Burgos. Las fortalezas y ciudades del Norte se declaran por Trastamara.

Enrique pone sitio á Toledo, que habia permanecido fiel á don Pedro. Apresuróse este á reunir sus fuerzas, pero los pueblos le detestaban. No pudo reunir un ejército tan fuerte y poderoso como el de su rival. Batido por don Enrique, don Pedro se refugia en el castillo de Montiel. Allí es perseguido por sus enemigos, que levantan una muralla, para privarle toda esperanza de fuga.

La posicion de don Pedro era de día en día mas crítica. Dejóse al fin coger en el lazo que le habian tendido, y cediendo á pérfidos consejos fué secretamente al

campo de Duguesclin y á la misma tienda de don Enrique. Duguesclin le habia engañado. En lugar de ayudar su fuga le entregó en las manos de su rival. Lucharon los dos hermanos cuerpo á cuerpo en un encarnizado combate, en el que llevando el rey don Pedro la ventaja y habiendo caido debajo don Enrique, uno de sus partidarios acudió en socorro de este, que concluyó por matar al rey don Pedro. Entonces fué cuando se pronunciaron estas célebres palabras que han dado margen al célebre dicho: *No quito ni pongo rey, pero ayudo á mi señor.*

Don Enrique volvió á subir segunda vez al trono de Castilla, y fué tan pródigo y generoso en recompensar á sus partidarios, que la historia le ha conservado el nombre de don Enrique el de las Mercedes. La historia da un bello nombre al usurpador que triunfa, y marca con el dictado de Cruel al monarca legitimo que sucumbe. ¡Triste destino el de la humanidad, el de no reconocer siempre y respetar mas que los que ensalza la fuerza y la violencia!

Istmo de Suez.

A continuacion insertamos el discurso pronunciado por M. Fernando de Lesseps el día 23 de junio último al abrir las sesiones de la comision internacional reunida en Paris para resolver la cuestion de la abertura de un canal marítimo en el istmo de Suez.

Es notable este documento, tanto porque revela la copia de datos reunidos para el objeto indicado, como porque patentiza la perseverancia é inteligencia con que el entendido Director de la empresa arrolla todos los obstáculos que se presentan para entorpecerla.

« Señores :

» Cúmpleme daros cuenta en pocas palabras de los precedentes y del objeto especial de la reunion á la que habeis tenido la bondad de acudir desde diferentes puntos de Europa con un celo verdaderamente digno de gratitud.

» Estais llamados á resolver, á fuer de hombres científicos y experimentados, todas las cuestiones de arte relativas al canal destinado á unir el mar Rojo con el Mediterráneo. Os comprende por completo la solucion científica de esta gran empresa, y tócaos decidir definitivamente las condiciones prácticas á que debe someterse su ejecucion.

» Prescindiré de muchos detalles perfectamente conocidos de todos vosotros; pero considero de utilidad, ántes de inaugurar vuestras deliberaciones, el hacer os un breve resumen de los trabajos verificados hasta el día á fin de preparar vuestras decisiones.

» En el mes de noviembre último la mayoría de vuestra comision se trasladó á Egipto, con objeto de juzgar sobre el terreno, cual era el verdadero mérito del ante-proyecto de los ingenieros de S. A. el Virey, los señores Linant-bey y Mougel-bey.

» La Comision comenzó sus estudios por el puerto de Alejandría, y durante su marcha desde esta ciudad al Cairo, ha podido hacerse cargo del trazado indirecto propuesto por M. P. Talabot, trabajo que deseaba tener ocasion de apreciar con entera imparcialidad.

» La Comision ha procedido despues al estudio de Suez y de su rada, reconociendo sus cualidades naturales y fijando la direccion general que debia tener en ella la desembocadura del proyectado canal.

» El propio istmo ha sido objeto tambien del mas concienzudo exámen de parte de la citada comision. Esta, siguiendo la línea del canal señalado con estacas, ha examinado las perforaciones que se habian ordenado y que se venian practicando hace algunos meses. Con vuestros propios ojos habeis visto ya muestras completas de las referidas perforaciones, y á la Academia de las Ciencias han sido presentadas el lunes último por mano de su ilustre secretario perpetuo M. Elias de Beaumont.

» Al llegar á Pelusa la Comision examinó el resultado de mas de quinientos sondeos ejecutados con la mayor inteligencia y con una rara energía por el jóven ingeniero hidrográfico M. Larousse, consiguiendo ilustrarse tanto en esta parte de su exploracion como lo estaba ya respecto de la rada de Suez.

» De vuelta á Alejandría, la Comision envió á S. A. el Virey de Egipto sucinto informe expresivo del resultado general de sus estudios.

» La Comision ha enumerado además los hechos que sirven de fundamento á su opinion en una serie de escritos que ya conoceis.

» Regresada á Europa, la Comision ha tenido necesidad de completar los documentos ya recogidos con otros nuevos pedidos á los ingenieros de S. A. el Virey, y que exigian por cierto detenidas investigaciones. Reunidos están ya todos estos elementos indispensables para que dictéis vuestra soberana resolucion, y ántes se hubiera procedido á convocaros, sino hubiese sido preciso invertir todo este tiempo en recogerlos.

» Teneis, pues, en vuestra mano todos los materiales necesarios para emitir con fundamento vuestra opinion.

» Algunos de vuestros colegas, que han podido venir á Paris hace ocho dias, han tenido algunas conferencias en las que han preparado de antemano todas las bases de la discusion que vais á emprender.

» Los señores ingenieros ingleses han deseado tambien tomar parte, aunque de léjos, en semejantes tra-

bajos preliminares, y han enviado algunas notas preciosas a sus colegas.

» Hé aquí la enumeración de los documentos que yo he hecho recoger secundando los deseos de la Comisión y que en adelante tenéis á vuestra disposición :

» N.º 1. Carta del istmo y perfil al través.
» N.º 2. Plan del istmo con el trazado proyectado.
» N.º 3. Plan de los sondeos de la playa y de la rada de Pelusa.

» N.º 4. Plan del puerto y de la rada de Suez.
» N.º 5. Perfil á lo largo del canal marítimo.
» N.º 6. Pliego de las perforaciones ejecutadas en el istmo y cuadro marcando el nivel del agua en cada perforación, ejecutada sobre el trazado del canal.

» N.º 7. Caja donde se hallan guardadas las muestras de las perforaciones.

» N.º 8. Curvas de las mareas observadas en Suez.
» N.º 9. Resumen de las observaciones de mareas hechas en Suez.

» N.º 10. Resumen de las observaciones de mareas hechas en Pelusa.

» N.º 11. Resultados comparativos de las diversas nivelaciones ejecutadas entre el mar Rojo y el Mediterraneo.

» N.º 12. Resumen de las observaciones sobre la evaporación hechas en la barra del Nilo.

» N.º 13. Investigaciones y cálculos sobre el curso de las aguas en el canal de los Dos mares.

» N.º 14. Cuadro de las nivelaciones practicadas en el istmo de Suez y de las observaciones de marcas hechas en ambos mares.

» N.º 15. Medida previa de terraplenes segun los perfiles á lo largo y al través del trazado.

» N.º 16. Investigaciones sobre los puntos de adquisición y sobre el coste de los materiales necesarios para la ejecución de los trabajos.

» N.º 17. Noticia geológica sobre el istmo.

» N.º 18. Plan de los muelles proyectados para la desembocadura de la rada de Pelusa.

» N.º 19. Una memoria importante de Paleocapa acompañada de cartas y planos.

» Tal es, señores el conjunto de trabajos que han precedido á la reunion de hoy y los documentos de que tendréis que valer os.

» La Comisión científica internacional para el corte del istmo de Suez, que vosotros constituís, se compone en su totalidad y á consecuencia de algunas agregaciones de los distinguidos miembros cuyos nombres voy á tener el honor de recordar :

» Por Inglaterra, de M. Mac-Clean, ingeniero en jefe, de M. Harris, capitán de la marina británica de las Indias, elegido á causa de sus estudios especiales sobre la canalización del istmo de Suez y de sus conocimientos prácticos acerca del mar Rojo, y de M. Carlos Mambly, secretario del Instituto de ingenieros civiles de Londres;

» Por los Países Bajos, de M. Conrad, ingeniero en jefe del Water-Staad;

» Por el Austria, del señor consejero de Negrelli, inspector general de los ferro-carriles del Imperio;

» Por la Prusia, del señor consejero Leutze, ingeniero en jefe de las obras del Vistula;

» Por la Italia, de M. Paleocapa, ingeniero y ministro de Obras públicas en Turin;

» Por la España, de D. Cipriano Segundo Montesinos, director general de Obras públicas;

» Por la Francia, de M. Renaud, inspector general y miembro del Consejo general de puentes y calzadas; del contra-almirante M. Rigault de Genouilly; de M. Jaurés, capitán de buque, y M. de Lieusson, ingeniero hidrográfico de marina.

» En fin, volvéis á ver entre vosotros al respetable M. Joumard, uno de los últimos representantes de la comisión científica egipcia de 1798, que se apresuró á asistir á vuestra primera reunion del año anterior, y á su compañero de Instituto M. Barthelemy Saint-Hilaire, que ha seguido los trabajos de vuestros colegas en Egipto, y que desde entonces no ha cesado un solo día de prestar su sabia y utilísima cooperacion en la tarea que yo he emprendido.

» La parte de la comisión que se trasladó á Egipto, designó para su presidente á M. Conrad y para su secretario á M. de Lieusson. Estos señores, que tan distinguido celo han sabido desplegar en el cumplimiento de su misión, han considerado que esta quedaba terminada en el día de hoy. Algunos de nuestros colegas habian juzgado conveniente ofrecer la presidencia de la reunion general á M. Paleocapa, que parece llamado á este puesto por su edad, por su consumada experiencia y por la alta posición que ocupa en los consejos de su gobierno; pero M. Paleocapa si bien sumamente agradecido á las indicaciones que oficiosamente se le habian hecho con este objeto, se ha visto en el caso de no poder aceptar esta prueba de confianza, excusándose con el mal estado de su salud, que sin embargo le permite tomar parte en vuestras deliberaciones. La asamblea, despues de haber oido al honorable M. Conrad, debe proceder á la eleccion de su presidente y secretario.

» M. Mougei-bey, enviado á nuestro lado por S. A. el Virey, se halla dispuesto á daros desde luego cuantas notas é informes deseéis pedirle sobre los documentos recogidos y coordinados por él y por su colega M. Linnant-bey con el mayor cuidado. M. Maugel-bey, aquí presente, os explicará, si hay lugar para ello, el pensamiento general y los datos principales en que se funda el ante-proyecto sometido á vuestro examen.

» Al terminar estas explicaciones que yo tenia el deber de haceros ántes de que dieseis principio á vuestras importantes deliberaciones, no puedo por menos de

felicitaros, señores, al veros á todos felizmente reunidos en este sitio para trabajar en la grande obra que excita tan poderosamente las simpatías de Europa.»

Boletín científico

Y DE CONOCIMIENTOS DIVERSOS.

FENÓMENO MÉDICO. — Hé aquí el fenómeno curioso de que da cuenta *El Boletín de Comercio* de Santander :

Accediendo á los deseos naturales de observar un fenómeno médico, del que se han ocupado ya varios periódicos de la facultad, y en consideracion al individuo que se somete gustoso al prolijo é incómodo examen facultativo, donde quiera que se le ofrece ocasion oportuna al efecto, excitando de este modo la filantropía de los profesores á expensas de los que tiene necesariamente que vivir fuera y á grandes distancias de su patria (Hamburgo), pasamos á ver al joven Groux, objeto de semejante observacion, y del corto examen que en union á varios comprobadores pudimos hacerle, deducimos sobre poco lo siguiente : Dicho joven presenta el vicio congénito de una falta al parecer completa del hueso esternon (lenguaje vulgar tabla del pecho), ocupando su lugar una pared membranosa, compuesta, á juzgar por su espesor, de la piel, tejido celular laminoso, una membrana fibrosa y la serosa pectoral, recelando si entra en su composicion alguna fibra muscular tambien. Cuando el referido sugeto pone sus brazos naturalmente caidos, la depresion resultante de la falta del hueso es poco perceptible en latitud, si bien mas en profundidad; y en uno y otro caso mas extensa en la parte superior que en la inferior donde no existe tampoco el cartilago xifoides, *termita ó paletilla*.

Cuando se verifica una inspiracion forzada, la pared membranosa se pone tersa y permite ver los movimientos del corazon que va á chocar contra ella mas extensamente que cuando se halla floja, en cuyo último caso viene á percibirse mas distintamente sobre el punto próximo á la union de la tercera y cuarta costillas izquierdas, en sus extremos anteriores por supuesto. Dicha pulsacion, que en mi concepto es la de la aurícula derecha, no es isócrona, ó no va exactamente con la de la radial ni con la aorta abdominal, sino que se adelanta algun tanto. La citada membrana en los movimientos respiratorios fuertes sigue el movimiento del pulmon, llegando este (el izquierdo) á formar un tumor voluminoso cuando despues de una inspiracion forzada y echar hácia atrás los brazos se hace una fuerte espiracion deteniendo el aire por la obturacion de la nariz y boca, en cuyo caso el ruido respiratorio y el sonido de la percusion sobre dicho tumor, así como en el resto del pecho, son claros, completamente normales. Por lo demás, dicho joven goza de buena salud y todas sus funciones se ejercen con regularidad.

El desarrollo del pecho, ó digase su restante conformacion es buena, notándose bastante mas abultado el lado ó semiperimetro izquierdo que el derecho, así como el borde óseo resultante de la union de las costillas verdaderas es mucho mas resistente en aquel lado que en este, viniendo á unirse las últimas de aquellas con una tira fibrosa mas fuerte que el resto, y que no permitiendo su separacion forma el vértice de la U que dicha membrana representa.

¿Qué consecuencias, qué beneficios pueden sacarse de la existencia de semejante vicio de conformacion en favor de la medicina? El médico anatómico verá en ello una prueba evidente de que esta parte del cuerpo, tan interesante en la estática del mismo, puede faltar en algunos casos, cambiando, como es preciso, las relaciones de los órganos referentes á esta misma region.

El fisiólogo deducirá de este hecho que la dinámica pectoral, tan interesante bajo todos aspectos, existe perfectamente sin la coexistencia de este punto de apoyo necesario al parecer para el libre ejercicio de cuantos órganos con ella tienen relacion; y en virtud de que los movimientos del corazon se ofrecen mas perceptibles, aunque no de un modo suficiente para ser estudiados matemáticamente, tal como era necesario para el conocimiento exacto de los ruidos á ellos correspondientes, puede no obstante confirmarse en la idea de ser la mas fundada en razon la teoría actual sobre la circulacion y sobre esos mismos ruidos. La que mas resultados puede reportar con el tiempo es la clínica sobre las enfermedades de este individuo, comparando los hechos morbosos con los que demuestra en pos la anatomía patológica.

El médico filósofo, el *minister naturæ*, el verdadero auxiliar de la naturaleza verá en este fenómeno cuán poderosos son sus recursos, y que el arte cuando está ayudado por ella supera las dificultades que á un corazon pusilánime le parecen invencibles. Verá confirmado el primer aforismo de Hipócrates: *Ars longa, vita brevis, etc.*, en el sentido de que cada día se ofrecen nuevos hechos que apreciar, nuevos fenómenos que admirar. Verá en fin comprobado el dicho de Morgagni, consignado en su anatomía patológica: *ars tota in observationibus, non solum numeranda sed etiam perpendenda*, pues que á las teorías las destruyen los hechos demostrados.

Estas son en resumen las ideas que me sugiere semejante fenómeno, expresadas con la claridad que me ha permitido el mencionado examen.

D^r PORTILLA, médico del cabildo de mareantes.

TESOROS SUBTERRÁNEOS. — Hé aquí algunos pormenores relativos á los trabajos y descubrimientos hechos en las excavaciones que se han practicado este año en el reino de Nápoles.

Se han continuado los trabajos en Herculano, y se ha descubierto el interior de dos casas situadas en la pendiente que mira al mar; pero en general los resultados no han sido satisfactorios. En Pompeya se suspendieron las excavaciones por algun tiempo; pero últimamente se descubrió una estatua de bronce que representa á Apolo, de un tamaño algo mayor que el natural. Esta estatua ha sido desenterrada cerca del pequeño teatro. Se han activado los trabajos con objeto de descubrir las murallas de la antigua ciudad: el punto mas interesante ha sido, como siempre, Canosa (Canosium) en la Apulia.

Las excavaciones en los sepulcros griegos han continuado bajo la hábil direccion del caballero Bonucci. Estos sepulcros tienen la forma de pequeñas cámaras, con columnas y pinturas, y se hallaron en ellos objetos muy curiosos, tales como armas, figuras de barro y de vidrio, adornos de oro, collares, pulseras, diademas, pendientes, y algunos camafeos que se distinguen por la belleza de sus dibujos y el tamaño de sus adornos. Se ha descubierto tambien un hermoso vaso en que está figurada la guerra de Oriente y Occidente entre la Grecia y el Asia; además representa á Darío sentado en medio de sus sátrapas y recibiendo los tributos que vienen á ofrecerle las diferentes provincias de Asia, bajo la forma de hermosas mujeres. El caballero Bonucci ha hecho trasladar todas estas preciosidades al museo Borbónico.

En Capua se hicieron tambien algunas excavaciones, descubriéndose un sepulcro samita en forma de cámara, en cuyas paredes están representadas algunas figuras de mujeres tocando el caramillo.

Además se han encontrado algunos vasos negros con relieves dorados, y algunos anillos y adornos de oro.

DESCRIPCION DE LA ANTIGUA ROMA. — César Cantú ha recogido las inscripciones antiguas de los tiempos de los emperadores Valente y Valentiniano; ha examinado con tranquilidad los escritos de Amiano Marcelino y otros clásicos de la decadencia, únicas fuentes en que pueden encontrarse los detalles que él necesitaba; y con estos datos y los documentos particulares de los archivos italianos, ha logrado darnos una descripción de la ciudad reina del mundo.

¿Qué son hoy nuestras capitales al lado de Roma, si se juzgan solo por su tamaño? Londres con su actual extension y poblacion, ¿qué es? Londres tiene 1.350,000 almas: Roma tenia 3.000,000 de habitantes, cuando ménos, y trece millas de circunferencia. Tenia tambien :

- 37 puertas en sus murallas con otros tantos arrabales.
- 7 puentes sobre el Tiber.
- 27 calles de primer orden: calles de aquel tiempo, ó mejor dicho, verdaderas ciudades.
- 8 campos de ejercicios.
- 17 plazas, sin contar las demás calles ni plazuelas.
- 19 acueductos, inmensos puentes que igualaban el terreno intermedio de montaña y montaña para conducir las aguas de

1,852 fuentes públicas.

Estos acueductos permitian una barca en el caudal de sus aguas, que iban desde una distancia de 40 millas.

Habia :

- 2 capitolios ó grandes palacios nacionales.
- 424 templos, entre ellos algunos de riqueza increíble.
- 14 bosques sagrados.
- 3 palacios para el senado solamente.
- 17 basílicas para tratar los negocios del Estado.
- 29 bibliotecas, gran depósito de toda la ciencia antigua.
- 8 circos para recreo público.
- 2 anfiteatros con el mismo objeto.
- 6 palanques para los gladiadores ó luchadores.
- 5 nauaquias ó estanques para el estudio de la navegacion.
- 16 termas ó baños públicos con 856 baños.

El teatro de Marcelo, como el de Balbo, permitia 30,000 espectadores: el de Pompeyo, 40,000.

El gran circo era mayor que todos.

Las termas ó baños de Diocleciano ponian á disposicion del público mas de 3,000 pilas de mármol.

Tambien habia :

- 46,602 casas particulares, con toda la extension que daban los romanos á tales edificios.
- 1,780 palacios de 70 piés de elevacion, divididos en 484 barrios.
- 254 molinos harineros.
- 268 almacenes ó alhóndigas.
- 400 cloacas para el servicio público, cuya sola limpieza costaba cada vez 1,000 talentos.

Sin embargo, aquella ciudad consumida por el vicio y ahogada por la propia mole, era la escuela del desorden.

Era preciso agotar los productos de todas las provincias del imperio para mantener aquel lujo de la clase aristocrática y holgazanería de aquel abyecto populacho.

Un senador al salir de su casa llevaba consigo al ménos un séquito de 300 entre esclavos, bufones y criados: su traje se combinaba de una manera que dejase ver toda su complicacion de tejidos de oro y plata que engastaban lá pedería.

Y la ciudad se arruinó; el coloso cayó; no nos admirémos; ¿qué otros enemigos mas que estos necesitaba para desaparecer de la superficie de la tierra?

ARQUEOLOGÍA. — Háse hecho en las cercanías de Maestricht, capital del Limburgo holandés, un hallazgo importante en monedas antiguas de Lieja. Hay entre ellas del tiempo de los siguientes obispos soberanos: de Netardo (1038), Bazon (1042), Teodino de Baviera (1048), y de Enrique de Toul (1075).

— La obra arqueológica del doctor Hermann Meynert, en la que su autor trata diferentemente del panteon del estinguído convento de religiosas de Tul en las márgenes del Danubio, ha conducido al descubrimiento de los sepulcros que encierran las cenizas de dos hijos, nueve nietos y seis biznietos del emperador Rudolfo I. Estos restos mortales van á ser conducidos á un lugar de descanso mas digno que el ocupado hasta ahora.

QUIMPER.

SU HISTORIA, SUS MONUMENTOS,
CONCLUSION DE LAS TORRES
DE SU CATEDRAL.

Pocas poblaciones se encuentran mejor situadas que Quimper. Construida en la confluencia de los rios el Odet y el Steyr, se halla como en el centro de una serie de valles que ofrecen puntos de vista lejanos y variados en el paisaje de montañas que forma el contorno, y sobre el cual se dibujan sus construcciones y sus campanarios cuando se dirige hácia ella la vista desde lo alto de alguna cumbre. Se desarrolla sobre las cuevas de la orilla derecha del Odet que conduce á su puerto los buques marítimos. Su orilla izquierda adornada con una hermosa alameda, une la ciudad con el arrabal de Loc-Maria y está dominada por las colinas del monte *Frugé*.

Sus fundadores no la habian elevado en ese sitio. La antigua ciudad de los corisopitas (*Civitas Corisopitum*), designada en la noticia de las ciudades del imperio, y cuyo nombre en la lengua latina, ha conservado Quimper, cubria la superficie del arrabal de Loc-Maria y los terrenos próximos. Pero en la edad media sus habitantes buscaron un abrigo para su comercio á la sombra del monasterio situado en el confluente donde vivia retirado su obispo, segun los antiguos usos del clero breton. Ese ángulo de tierra protegido por el cauce de dos rios, les ofrecia fáciles medios de defensa, y con este motivo formaron allí una nueva poblacion cuyo nombre *Kim ber* alterado en el de Quimper, significa en breton, *confluente*.

En el siglo XIV esta plaza se consideraba como una de las mas importantes de la Bretaña. Juan de Montfort tuvo cuidado de asegurársela ántes de principiar la terrible guerra que sostuvo contra Carlos de Blois por la sucesion al ducado de Bretaña. Su adversario vino á sitiaria; la resistencia fué tenaz, pero al fin Quimper cayó en sus manos despues de un asalto que fué seguido de una horrible carnicería. Montfort quiso desquitarse quince meses despues, pero en la precision de levantar el sitio murió de resultas del trabajo de aquella tentativa. Quimper permaneció pues, en posesion de su adversario hasta la batalla de Auray en la que perdió la vida Carlos de Blois, y las pretensiones del hijo de Montfort obtuvieron un triunfo completo.

Cuando á la muerte del rey Enrique III agitación de las guerras de religion que turbaba á la Francia hacia tiempo, principió á penetrar en la Bretaña, esta ciudad, como la mayor parte de las ciudades bretonas se declaró por el partido de la Liga. De este partido era jefe el duque de Mercœur, gobernador de Bretaña bajo Enrique III, que quiso mantenerse en ese grado. A falta de una masa suficiente de tropas regulares, habia autorizado á varios partidarios á que hiciesen enganches; uno de estos jefes cuyo nombre se hizo famoso por sus rapiñas, Guy de la Fontenelle, se hallaba acantonado no léjos de Quimper que sufrió mas por parte de los auxiliares que de los enemigos de la causa que defendian sus habitantes. Por fin se sometieron á Enrique IV en el año 1594 abriendo sus puertas al mariscal

de Aumont que acababa de poner sitio á la ciudad. Quimper que cuenta en el dia 10,000 almas, apénas tenia 6,000 al principio de este siglo. Muchas comunidades religiosas existian allí ya ántes de 1790. El obispo era señor de la ciudad cerrada, cuyo recinto existente aun se extiende en una superficie de quince hectáreas; una gran parte de los arrabales dependia igualmente de su jurisdiccion temporal.

El coro de este edificio principiado en el siglo XIII no se concluyó hasta los primeros años del siglo XV. Por esa época el obispo Bertran de la Cornouaille quiso dar mayor impulso á las obras, y levantó los cruceros y comenzó la nave; luego pensando quizá que sus sucesores habrian preferido concluir el cuerpo del edificio ántes que elevar las torres cuya construccion interesaba ménos al culto divino que la majestad del templo, se dedicó particularmente á esta última obra.

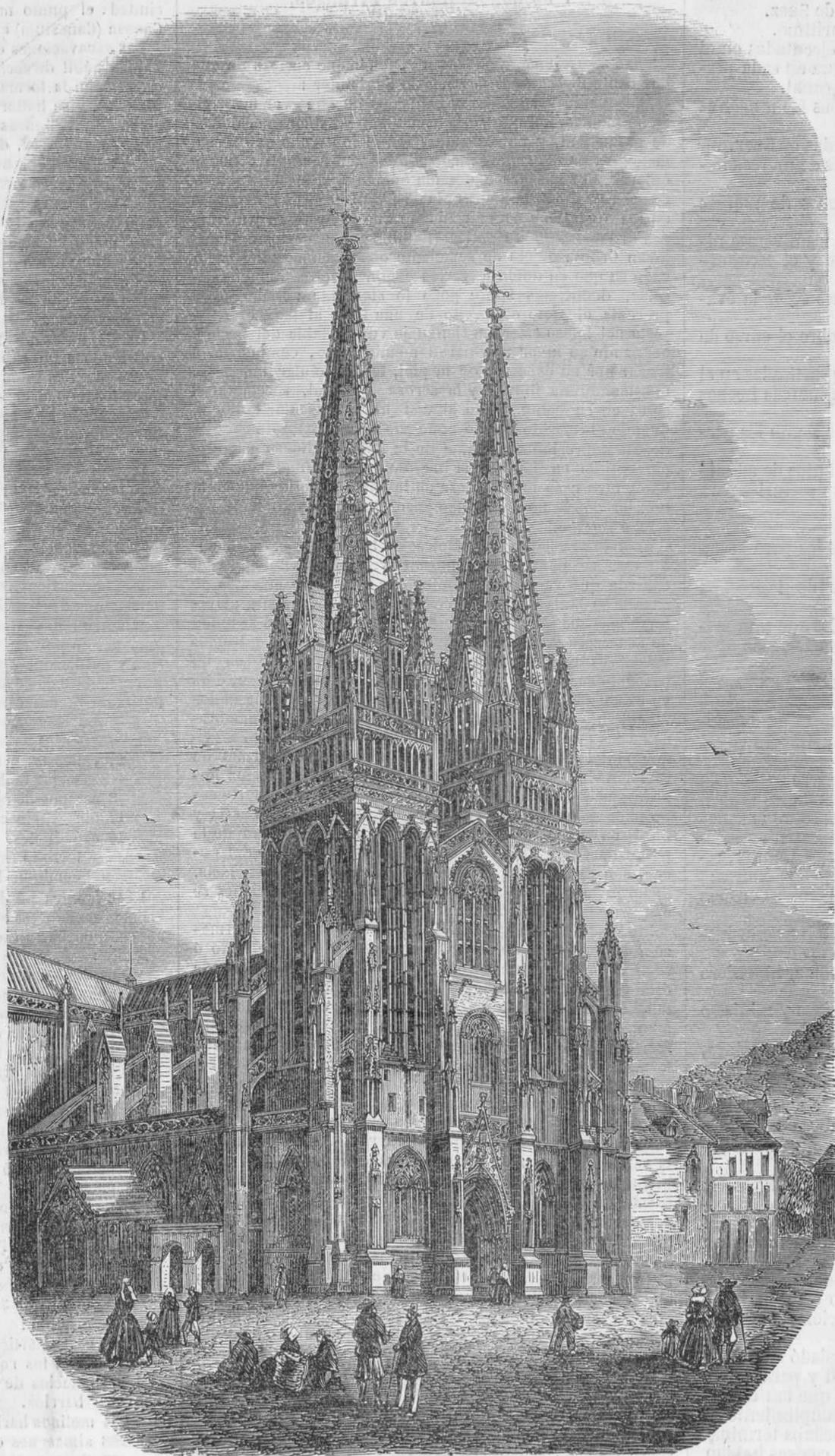
Los cimientos de la portada principal se establecieron en 1424; en 1440, cuando la muerte del prelado, las torres estaban bastante adelantadas para recibir las campanas y habia podido inaugurar la estatua ecuestre del rey Grallon en el centro de la fábrica que las une. Pero despues la obra quedó paralizada. Sobre la plataforma de las torres se elevaban únicamente los arranques de sus agujas que con una cubierta piramidal de plomo, no aspiraban ya, al ménos desde los dos últimos siglos, á la altura á que habrian debido llegar y presentaban el aspecto mas desagradable.

Preocupado con la piadosa idea de concluir el plan concebido por Bertran de Rosmadec, M. Graverán mandó examinar á los hombres de arte nombrados por el gobierno, si las torres tenian la suficiente solidez para soportar el peso con que se trataba de cargarlas. Una vez aclarado este punto, en su mandamiento publicado con motivo de la cuaresma de 1854, hizo un llamamiento á los pobres y ricos de su diócesis para que cada cual contribuyera indistintamente á la obra durante cinco años con la simple limosna de un sueldo cada año. La poblacion de Finistere, dependiente de la diócesis de Quimper, es de 619,740 almas: el sueldo de *San Coentín* debia suministrar 30,885 frs. 55 c. por año, dando un total en los cinco años de 154,427 frs. 50 c. La suma que se necesitaba ascendia solo á 150,000 frs. Al punto se firmaron los tratos á este precio, las obras se comenzaron en el mismo año, y en el verano último las agujas se elevaron á su altura de ciento cinco piés ocho pulgadas sobre la plataforma, que tiene por sí ciento diez y siete piés de elevacion. Para la entera ejecucion del proyecto solo quedan por concluir los cuatro cimbalillos que debe haber en cada una de las agujas. Esta rapidez era necesaria, al ménos para la segunda mitad de la construccion aérea; pues las ráfagas de viento de un solo invierno al sacudir la masa de los andamios, habrian estropeado la obra. Y sin embargo, M. Graverán no ha podido ver concluidos los trabajos: rebotando fuerza y salud colocaba la primera piedra de las agujas el 29 de abril de 1854 y sucumbia el 1º de febrero de 1855 á una enfermedad larga y dolorosa. La bóveda en que está sepultado en una de las capillas del coro, espera próximamente el monumento que los fieles han consagrado á su memoria; las vidrieras de esa misma capilla le representarán ofreciendo al cielo un modelo de la obra que su sucesor está llamado á continuar. Los trabajos se prosiguen y van á concluirse bajo los

auspicios de M. Sergent que recogiendo con gozo la tarea impuesta á su celo, ha principiado por prestar personalmente las sumas necesarias para terminar las obras que debian concluirse sin esperar á que llegaran los recursos destinados á cubrir su costo.

Cuando se piensa que dos agujas de ciento cinco piés cada una, como las que representa este edificio y los ocho cimbalillos que deben elevarse á unos treinta y nueve piés, y todo de piedra, no cuestan mas de 150,000 francos, se sorprende uno de este resultado comparado con las sumas enormes que se gastan en construcciones monumentales ménos importantes, y aun en simples restauraciones. El arquitecto es M. Bigot de Quimper, á quien esta ciudad debia ya la torre y la aguja de la iglesia de San Mateo.

A. DE B.



La catedral de Quimper.

Los monumentos mas notables de Quimper son los siguientes: la iglesia del antiguo priorato de Locmaria, de los primeros años del siglo XI, la iglesia parroquial del arrabal San Mateo del siglo XV, cuya torre edificada últimamente se va á completar con un campanario, el palacio del obispo, del cual una parte pertenece al siglo XVI, el colegio y su capilla edificados en el siglo XVII por los padres jesuitas, la casa municipal y el palacio de justicia de construccion moderna. Si la iglesia catedral dedicada á san Coentín, apóstol y primer obispo de la Cornouaille no está comprendida en la enumeracion que precede, es porque la importancia de esta basílica, una de las primeras de la Bretaña, y las obras considerables que en ella se ejecutan actualmente reclaman una mencion mas extensa.